

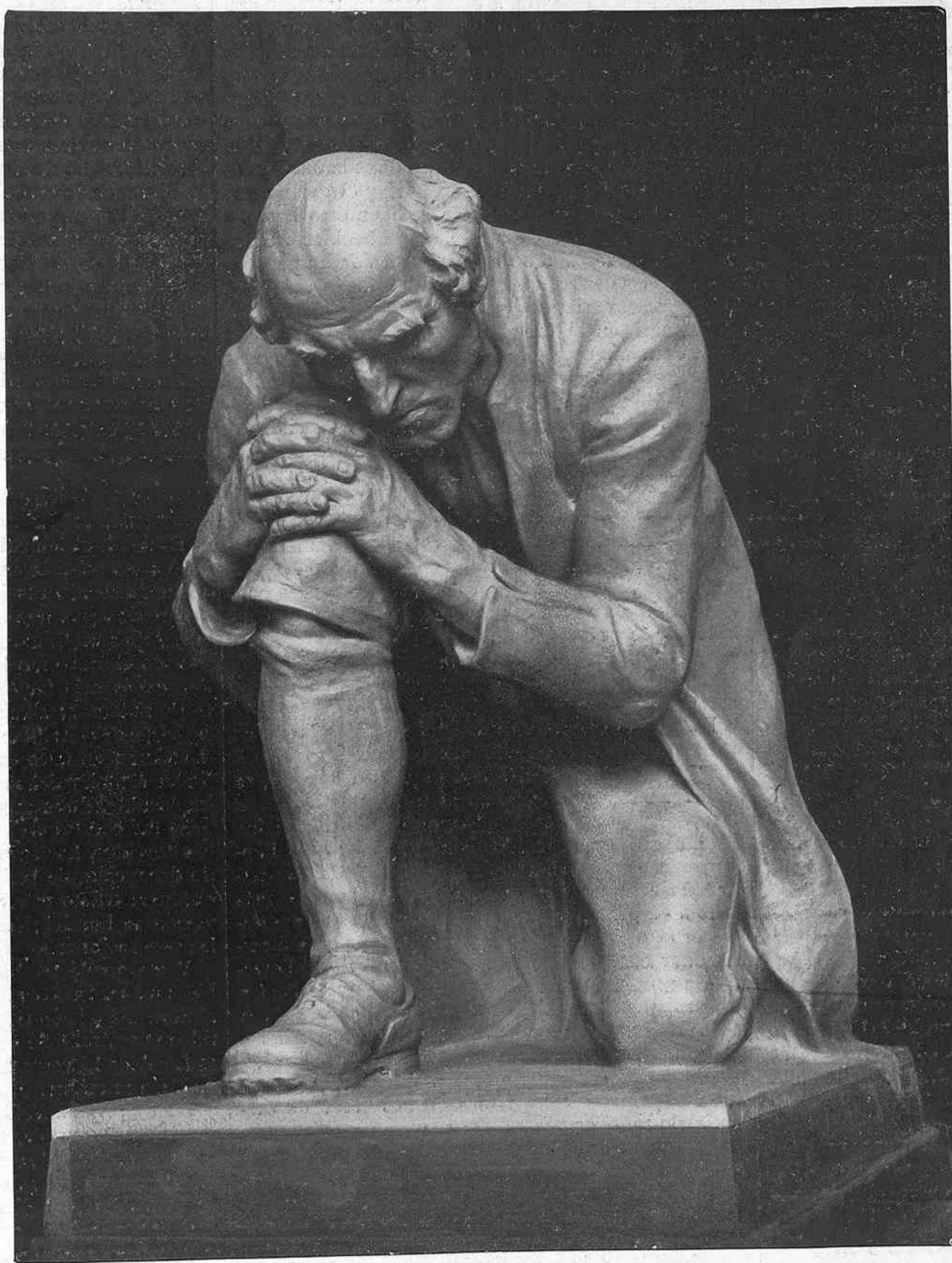
La Ilustración Artística



AÑO XXIX

BARCELONA 28 DE NOVIEMBRE DE 1910

NÚM. 1.509



EN ORACIÓN, escultura de Cristián Plattner

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich. 1910.)

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros subscriptores que estamos encuadernando y próximamente repartiremos el quinto y último tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

Será el hermoso poema de Homero

LA ODISEA

que lleva en su nombre secular su elogio inmarcesible.

La versión directa y literal de LA ODISEA ha sido confiada al catedrático de Lengua griega de esta Universidad D. Luis Segalá, traductor de la edición de LA ILIADA que publicamos el año pasado y que mereció los conceptos más encomiásticos de toda la crítica y muy singularmente del ilustre polígrafo Sr. Menéndez y Pelayo.

LA ODISEA irá ilustrada con veinticuatro cabeceras de Flaxman y otras tantas láminas de Wal Paget.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Gloria frustrada*, cuento de Octavio Cuartero. — *Zaragoza. Descubrimiento de mosaicos romanos.* — Madrid. *Firma del tratado con Marruecos.* — París. *Inauguración del monumento á Julio Ferry.* — *El emperador de Alemania en el monasterio de benedictinos de Beuron.* — D. Carlos A. Restrepo. — D. Adolfo Suárez de Figueroa. — *El maestro Mascagni.* — *Espectáculos.* — *Problema de ajedrez.* — *La madre patria* (novela ilustrada; continuación). — *Príncipes alemanes.*
Grabados.—*En oración*, escultura de Cristián Plattner. — Dibujo de Mas y Fondevilla, ilustración del cuento *Gloria frustrada.* — *Busto retrato*, modelado por Teodoro de Gosen. — *La Edad de Oro*, grupo escultórico de Eduardo Deckers. — Barcelona. *Gran Teatro del Liceo. Temporada de 1910-1911. La Vestale, ópera en tres actos de Spontini; los principales intérpretes de la obra y decoraciones de los actos primero, segundo y tercero de ella* (lámina). — *Mosaico romano recientemente descubierto en unas excavaciones practicadas en Zaragoza.* — Madrid. *Firma del tratado de Marruecos.* — *Monumento á Julio Ferry*, obra de Gustavo Michel. — *Llegada del presidente Fallieres y del Sr. Briand al jardín de las Tullerías para asistir á la inauguración del monumento á Ferry.* — *Visita del emperador Guillermo II de Alemania al monasterio de benedictinos de Beuron.* — San Martín, cuadro de Van Dick. — *Miguel Ophoren*, retrato por P. P. Rubens. — D. Carlos A. Restrepo, presidente electo de Colombia. — *El distinguido periodista madrileño don Adolfo Suárez de Figueroa.* — *El maestro Mascagni escribiendo la partitura de su ópera «Isabel».* — *Los príncipes Federico Guillermo y Luis Fernando, hijos del príncipe heredero de Alemania.* — *Diploma de honor y cooperación otorgado á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por el Comité ejecutivo de la Exposición Regional Valenciana.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace algunos días, un amigo mío, que practica el sport tan moderno como universal de escribir en los diarios, tuvo ocasión de emitir algunas apreciaciones sobre una compañía dramática que actuaba en el teatro de la ciudad donde esto ocurría. El crítico dijo su parecer, más bien mitigado, acerca del físico de la primera dama, acerca de la dicción de la misma actriz. Y al día siguiente, recibió la visita del marido y director, que, en nombre de la alimentación de la familia, venía á suplicarle que cambiase de lenguaje, si no de opinión, y no privase del pan cotidiano á personas tan dignas de comerlo como otras cualesquiera, aunque el arte no las hubiese iluminado con su reflejo celeste...

* *

El episodio, asaz vulgar y sencillo, plantea de nuevo una cuestión que mil veces he oído proponer. ¿Se debe decir la verdad, en letras de molde? ¿Es un acto de nobleza y sinceridad, ó es crueldad y dureza? ¿Qué camino seguir, cuando se ejerce, en mayor ó menor escala, lo que antaño se llamó «el sacerdocio de la crítica?»

Situándose en el terreno del arte puro, no cabe duda: hay que cantar claro y no pararse en pelillos. Sólo que existe una desagradable confusión, que nos obliga á repetir el conocido verso:

Ce mélange de gloire et de gain n'importe.

Es sobre todo en el teatro donde el *mélange de gloire et de gain* nos sale al paso á cada recodo. Inseparables son la taquilla y el laurel. El aplauso hace hervir el puchero. No es una de las menores inferioridades del teatro, como género literario.

Cuando se tiene una conciencia meramente honrada, sin más adjetivos, siempre molesta la idea de que un plumazo nuestro vaya directamente á cercenar la ración de sopa de un hogar donde tal vez hay niños. Se me dirá que también el que publica un libro y no lo vende porque los críticos lo desprecian,

puede sufrir con esto un quebranto económico. Sin duda, pero el autor de un libro malo, que no se ha vendido, tiene el recurso de no reincidir. ¿Qué recurso le queda á un cómico, sin otra carrera que las tablas, al no encontrar contrata ó al ver el teatro desierto?

Yo he propendido, en estas materias, en teoría, á la intransigencia más ruda. ¿Que no sirve para cómico? A clavetear suela. Un mal artista hace mucho daño á su país. Pero, llegando á la práctica, esa conciencia que no debiéramos tener asoma su compungida cara..., y vienen las componendas, los eufemismos, las atenuaciones, las perifrasis ó el silencio, la abstención... Por todos estos períodos he pasado, antes de decidirme á renunciar á la crítica de obras nuevas y actores y autores vivos. Como nunca llueve á gusto de todos, no falta quien diga que eso de no hablar sino de los difuntos es una cobardía. Que le motejen á uno de cobarde, es menos desagradable que la visión ó fantasmagoría de cuatro chiquillos hambrientos, á los cuales arrebatamos el mendrugo que iban á roer... Tal es el cuadro que os pintan, abusando de la sensibilidad que, á fuer de hijos del siglo xx, tenemos demasiado desarrollada.

¿Qué de conflictos entre esa sensibilidad y el mero buen sentido, consejero cauto, refranero á lo Sancho Panza!

* *

En la vida literaria, á cada paso se tropieza con problemas..., que no debieran serlo. Lo que todos los espectadores repiten en los pasillos, no es lícito que lo indique con reservas, al día siguiente, un cronista ó un aficionado. No parece si no que, al llegar á la letra de imprenta, la verdad se pone una mascarilla, y desfigura la voz, para mejor disfrazarse. Y la dama, á quien, á boca llena, todos llamaban fea y entrada en años, se convierte en hurf; y el galán amenerado, en genio; y el actor cómico, en otro Larra, y la damita, con cara de candil, en un hechizo... Si tal no escribís, seréis reo de lesa humanidad: una olla, por culpa vuestra, estará vacía, un fuego apagado, varias tiernas criaturas sollozantes, escuálidas...

Hay así, en el mundo, momentos en que se os echan encima responsabilidades que no habéis contraído, porque, en suma, no estáis obligado á dar la papilla á la chiquillería del prójimo. Os quedáis aturcido, al averiguar que de algo vuestro—omisión ó comisión—penden las funciones nutritivas de interesantes pequeñuelos á quienes no habéis visto ni mucho menos engendrado.

Y, si quiera, cuando es omisión... Dejar de hacer una cosa... Bueno, eso no molesta excesivamente ni al más activo. Lo grave es la comisión. Y sucede á menudo que os compelen, que os aprietan para que, mintiendo á vuestra conciencia, proclaméis lo contrario de lo que pensáis...

* *

En cierta ocasión, uno de esos vencidos literarios que sienten más el vencimiento por lo mismo que, á una hora dada, estuvieron á pique de triunfar, se acercó á mí y me refirió su historia. Desempeñaba entonces un modesto empleo, en no sé qué oficina del Estado; con el sueldo vivían él y los suyos. Pongamos en su punto los hechos: ni cabe decir que desempeñase el empleo, pues, sobre ser hombre más dado á empeñar que á desempeñar, rara vez aportaba por la oficina, y cuando aportaba se ponía á emborronar cuartillas de renglones desiguales ó borrones de novela; ni vivían los suyos, si no que fallecían de hambre, gracias á la incorregible bohemia del jefe de la familia. Así y todo, al escucharle se experimentaba simpatía hacia él, y demostraba lozana imaginación, cultura heterogénea, pero que prestaba atractivo á su conversación, y un don novelesco de dramatizarlo todo, empezando por su propia existencia, asaz prosaica. Siempre que aparecía, era para referir ó un frustrado conato de suicidio, «sus desesperaciones» ó un principio de incendio en su «pobre choza», ó la meningitis de uno de sus «ángeles» ó la pulmonía doble de su «amante compañera» ó algo por el estilo. Y luego salíamos con que el suicidio era un poco de cardenillo en un perol, el incendio un cabo de sebo que quemó la paja de una silla, la meningitis un empacho, la pulmonía doble un coriza, y así sucesivamente.

Procedente de la última generación romántica y amigo de todos aquellos bohemios famosos—en primer término, de Pepe, á quien los demás conocíamos por Zorrilla,—el vencido no se había consolado de su mala suerte, al no conseguir un cacho de fama y gloria, como los demás. Creía firmemente, y sabía comunicar por momentos su convicción, que se ha-

bía quedado en la obscuridad, no por falta de méritos más que sobrados, si no por una de esas travesuras ó juegos de la fortuna, que dispone las cosas de cierto modo, y escamotea el instante de la victoria. En demostración nos leía versos, no malos, si no bastante aceptables, exclamando, con una semisonrisa de amargura: «Si acierto yo á ser quien declama esto sobre la tumba de Mariano José, la misma ovación me gana que se ganó Pepe; la misma reputación. Fué el diablo que, en tal fecha, tenía yo diez años no más. ¡Que llegase á tener diez y ocho ó diez y nueve!»

Nos reíamos, y sin embargo, no podíamos negar que algo de buen ó mal sino influye en el caso de las reputaciones. No se nos ocurría comparar á nuestro bohemio con Pepe; pero al lado de Zorrilla se alzaron varios más, celebrados á su hora, remunerados quizás con altas posiciones, que no superaban en aptitudes al desastrado y mísero vencido, cuya única compensación era fantasear lo que pudo ser y no fué—¡el más vano de los humanos sueños!

Una tarde, el soñador se presentó radiante de esperanza, emocionado como el que ha visto su número en las listas de premios de la lotería. Acababa de ocurrírsele una idea sublime, feliz. Toda aquella penumbra que envolvía su nombre y su labor; toda la perfidia de los hados—iban á disiparse, rápida y triunfalmente, y de la manera más sencilla. ¿Cómo no lo pensó antes? Pues si era la cosa más corriente, fácil y natural... Uno ó dos artículos que yo enviase al *Imparcial* ó á otro diario de circulación, de los varios en que colaboraba; uno ó dos artículos, revelando al mundo literario la injusticia cometida, y colocando en su punto lo que malignos encantadores trastocaron y desfiguraron—y se rectificaba lo pasado, y la aureola venía de suyo en busca de la frente... Era un rasgo de nobleza que esperaba de mí; era una obra de caridad también, porque equivalía al ascenso, á la demanda de artículos y libros por periódicos y editores, á la prosperidad, en suma, que llovería sobre un hogar, hoy combatido por la desdicha! Y, como elementos de mi trabajo, me traía los tomos desencuadernados, rotos, mugrientos, que formaban parte de una novela por entregas, publicada allá en los años del 50 al 55, si no me es infiel la memoria. «No la poseo completa...—repetía lastimosamente.—Mi infortunio ha sido tal, que ni un ejemplar completo de mis libros me ha quedado. Y esta novela, aunque yo no deba decirlo, quizás no tuviese que avergonzarse si se confrontase con *Martin el expósito*...»

* *

Entienda cada cual los lances del vivir á su manera. Yo no solté la carcajada; yo no encontré en el fondo de mi alma la ironía. Sentí una piedad profunda, no de aquel hombre; de toda la humanidad, ilusa y doliente. ¡Cómo persuadir al fantaseador de que cuando el momento ha pasado, no vuelve, de que el destino es más fuerte que nosotros! ¡Cómo demostrarle que mi sacrificio sería estéril! Y la palabra *sacrificio*, es exacta. Nuestra mentalidad se afirma ó se desmiente en tales transacciones. El público no se limita á mofar del asunto de un artículo; se mofa, implacable, de su autor.

Se fué con las orejas gachas, arrastrando sus tacones torcidos, haciendo gestos de pena, de desastre, de decepción, de resignación fatalista, como el que exclama: «¡Esto más Señor! ¡La última tabla de salvación se hunde! ¡Nunca, nunca sabrán mi nombre las generaciones!»

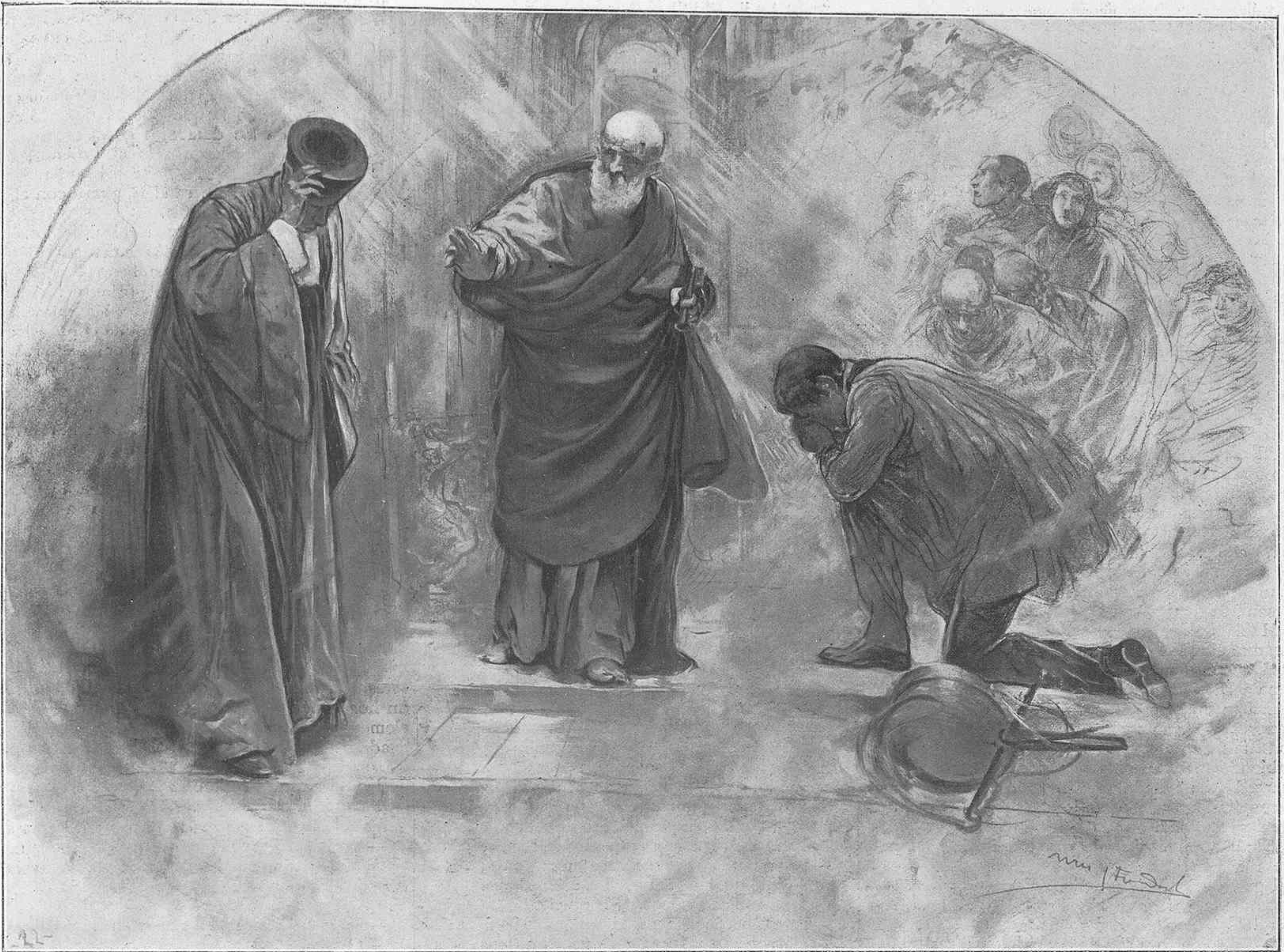
Y me quedé también dudosa, sufriendo yo también; mi razón iba al Norte, y mi sentimentalismo, al Sur... Al mismo tiempo, el orgullo de haber resistido me sostenía. Se puede callar, lo que no se puede falsificar la verdad. Perdemos el tiempo, la tinta y el buen nombre.

Desde aquella fecha, el caso se reprodujo; pero ya me encontré curtida, más tranquila, con experiencia de la comedia literaria. Y á título de comedia, de divertida farsa, he asistido á escenas en que la vanidad y la ilusión se dieron la mano. Un autor, desconocido para mí, me acosó más de lo acostumbrado, exigiéndome casi como se exige el pago de una deuda, que escribiese y publicase un juicio acerca de sus obras. «Un juicio elogioso» añadía, resueltamente. ¿Qué podía alegar en contra de su pretensión? ¿Acaso no tengo de sobra donde insertarlo? ¿Acaso me falta la disposición para borrarlo? Y esto, que á mí no me cuesta nada ¿no es para él asunto vital? ¿Y hay derecho á negarse á lo que á otro le resuelve el porvenir? ¿Es justo, es lícito tal comportamiento?

Y sus ojos chispeaban, y la cólera, contenida, enronquecía su voz... Si puede me apalea.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

GLORIA FRUSTRADA, CUENTO DE OCTAVIO CUARTERO



— Ministro de la justicia humana, clamó Pedro, ¿te atreves á dudar de la divina?

Conoció la última parte de su vida; presencié su muerte á través de muros y tapices, de lejos, muy lejos, como quien ve en un sueño lo que sucede á millares de leguas; y puedo lanzarme á confesar, ya que no hay Inquisición ni quemadero, que mi espíritu siguió el curso de su alma, y estoy en el secreto de su reencarnación.

Era un hombre eminente. De noble linaje, gran figura, porte señorial y elegante, todo un buen mozo, ya se destacaba en la Universidad—según supe después—como un modelo de perfecciones; si no las tenía, merecía alcanzarlas.

Porque era bueno, laborioso, inteligente, dulce, caritativo..., pero soberbio. No digo bien: dañábale más que la soberbia honda, la vanidad superficial.

Desde niño sintió el afán de ser siempre el primero: el primero en todo, y en todas partes.

¡Ira de Dios! ¡Cuándo y dónde lo ha conseguido! En los tribunales, presidió algunos á quienes tuvo en su bufete de pasantes.

Ganóronle, por la mano, el sillón de la Academia muchos á quienes allá en la juventud escribía las cartas para las novias.

Escribir las, sí, porque si se las hubiera dictado eran incapaces de copiarlas con ortografía decentada.

Alguno de ellos es posible que, en la actualidad, sea tan incapaz como entonces, y sólo en esto es consecuente con sus principios.

Recibió su primer acta de diputado, como favor que le hizo un ministro de la Gobernación que, de chico, fué auxiliar en una escribanía del primer juzgado que desempeñó nuestro protagonista.

La única vez en que estuvo indicado para ser ministro, le *birló* la cartera—hay que decir las cosas por su nombre—un bohemio que veinte años antes le había suplantado en el corazón de su primera novia.

Y nuestro hombre *erre* que *erre* comido por el afán de ser siempre el primero; y el destino *burla* burlando poniéndole delante á gentes con menos méritos, pero más afortunadas.

¿Era tonto? ¿Era loco? ¿Era ciego?

Lo último sin duda, si no lo primero, cuando no acertó á ver que, en el planeta, aun siendo muy chico, hay lugar para todos, y nadie, en el suyo, es primero ni segundo.

Pedro era *primus inter pares*, y eran sus iguales los magnates: vivía en el centro de la ciudad, ocupaba un palacio y ejerció imperio.

Juan era el último de los suyos, que formaban la clase más ínfima de la aldea; había nacido siervo, porque cuando vino al mundo aún había señoríos: habitaba una choza.

Vi á Pedro conducido á la cárcel por la guardia civil; he visto hundido su palacio.

Vi á Juan apegado á su tierra, sin salirse de ella, convertir la choza en vivienda cómoda, desdeñar el poder cuando fueron á ofrecérselo sus camaradas en pleno imperio del sufragio universal: altos y bajos le saludaban con respeto y le pedían consejo.

Yo fuí á pedírselo, y me llamó tonto.

El hombre de mi cuento no conoció á Pedro; se hubiera sentido humillado aconsejándose de Juan: no se conocía él tampoco; conocía su ambición, su grandeza..., es decir, lo que él estimaba que le hacía superior á todos los hombres de su tiempo.

Así dicen que son los grandes caudillos, los dictadores, los revolucionarios, aquellos, en fin, que hacia donde miran no ven espacio que no lleve su figura, voluntad que no deba estar sojuzgada á la suya, ni cerebro poblado con otras ideas que las que como chispas de una fragua saltan del yunque donde ellos forjan el pensamiento de su siglo.

Aquel pobre infeliz murió joven todavía: fué víctima de una combinación de altos cargos en la cual creyó obtener el primero.

Correspondióle por derecho y por méritos, pero hubo que abrir una puerta falsa para que por ella entrara una eminencia política, como único medio de que el gobierno viviera en paz.

Y quedó otra vez en segundo lugar y enfermo de ictericia.

¿Habrá ayuntamiento más prosaico que el de una ictericia y una combinación de la magistratura, para aniquilar la vida de un grande hombre? El jefe de un gobierno que muere víctima de una conjuración; el general que al frente de su ejército cae destrozado por la metralla de la artillería enemiga; el orador eminente que á la conclusión del más brillante de sus discursos se desploma herido por la congestión, como si el sol fulminara sus rayos contra aquel cerebro donde se forjaban los de la más soberana elocuencia, mueren con muerte de primera clase. Pero ¡morir de ictericia!. No es posible negar la mala sombra de aquel hombre superior.

A un lado del lecho donde el infeliz agonizaba, la esposa cubriase el rostro con ambas manos y ahogaba con violencia los mal reprimidos sollozos; al otro lado, un jesuíta con santas oraciones ayudaba al enfermo á morir cristianamente.

—Pensad en Dios, nada más que en Dios, hermano mío; pensad en Dios, cuya misericordia es infinita. Pedid á Dios que os compadezca.

—*Miserere mei, domine*, gemfa el moribundo.
—Invocad la gracia del Cordero de Dios, que lavó con su sangre los pecados del mundo.

—*Agnus Dei qui tollis peccata mundi...* Crea usted, padre, que aún me aflige el mundo; no puedo olvidar sus injusticias..., los caprichos livianos de la fortuna... Siempre el segundo...

—Hermano, poned el pensamiento en Dios, levantad vuestro corazón hasta Él, que Él os dará su gracia, con todas las bienaventuranzas.

—Siempre el segundo, murmuraba el agonizante;

y en un esfuerzo supremo, añadió incorporándose hacia donde estaba su mujer: Únicamente fui el primero y el único en el amor de mi esposa; y mirándola con ansia exhaló el último suspiro.

Mirada más elocuente se cruzó entre el confesor y la viuda: en ésta, de amargura; en aquél, de piadosa reconversión.

* *

Al desprenderse el alma del cuerpo, antes de dirigir su vuelo hacia otro mundo hizo varias estaciones, que no la sirvieron para otra cosa que apurar las heces que en ella habían depositado las hieles de la vida.

Entró y salió por los ministerios, y en ninguno se lamentaba la muerte del sabio magistrado; en el despacho del ministro de la justicia pedía la vacante con afán un compañero que fué su mejor amigo. Cruzó los salones de la redacción de los periódicos más autorizados y de mayor circulación; oyó ajustar á tanto por línea el *bombo* necrológico que le dedicaban y las cuchufletas que al magistrado integérrimo ofrendaba el revistero judicial de turno.

Airado, como alma que lleva el diablo, salió de vuelo y fué á posarse en lo alto del campanario de un convento; pero halló ocupado el sitio y descendió para descansar en la repisa de la ventana de una celda.

Hablaban dentro dos padres jesuitas; uno elogiaba la humildad y la devoción con que había entregado su alma á Dios un pobre infeliz que dejaba á su mujer cargada de hijos, sin honores ni fortuna; y el otro se compadecía de un majadero soberbio que habiendo gozado de muchos bienes y mercedes en la vida y no dejando sucesión, murió desesperado pensando en lo que restaba por satisfacer á su vanidad.

El alma del magistrado comprendió la indirecta, y sin más indicación para el viaje, tomó el camino del purgatorio. Muy grande, muy larga y muy fatigosa fué la peregrinación. Pero llegó al fin... mas ¡oh dolor!, tuvo que hacer cola.

—También aquí soy de los últimos, murmuró.

—La cosa tenía remedio, contestó un alma vecina: haberse usted muerto de los primeros.

—Alguna vez fué usted el primero habiendo llegado el último.

—¿Lo dice usted por Zola?

—Como que he conocido á usted por lo imperitante.

—Y yo á usted por lo imbécil.

Ibanse un alma contra otra, cuando la del infeliz

no para entrar en el Purgatorio. Llamáronla al fin, y cuál no fué su sorpresa cuando al ir á poner la planta en los umbrales le dieron con la puerta en las narices.

—¿Qué burla es esta?

—No es tal, contestaron desde adentro. Es que á tu sombra quería colarse esa pécora, cuyo lugar está en el Infierno.

Volvió la vista el alma de nuestro peregrino y encendióse en ira al conocer en la que gritaba defendiéndose de los demonios que á escobazos la empujaban hacia el Infierno, nada menos que á su propia mujer.

—¿Pero es ella?, gimió con angustia y con rabia.

—Sí, contestaron los diablos.

—¿Y por qué ese castigo?

—¡Por adúltera!

—¡Dios mío! ¡Qué horror! Ni aun en el alma de ella ocupé lugar predilecto.

—Según por donde contéis los golillas, dijo riendo un diablejo rubio.

Tornóse el alma congojada y triste hacia la puerta, y le dijeron:

—Tú has purgado bastante con lo que acabas de ver; toma la ruta de la derecha y darás en la gloria.

Ufana y muy reconciliada con su feliz destino iba deseosa de gozar la bienaventuranza; tocaba ya al término y vió que por la izquierda asomaba un alma más limpia, ó por lo menos más radiante que la suya. Llegaron á un tiempo las dos y al abrir San Pedro de par en par las puertas, dijo á la nuestra:

—Tú después; primero ésta.

—¿Cómo?.. ¿Aquí también soy el segundo? ¿Y dais la preferencia á ésta que es el alma de un tendero que hurtaba en el peso y en el cambio daba moneda falsa?

—Ministro de la justicia humana, clamó Pedro, ¿te atreves á dudar de la justicia divina? ¿Cuál habrás hecho tú en la tierra?

Y cerró de golpe las puertas y asomándose por un ventanillo le dijo:

—Vuelve al Purgatorio.

El alma de la justicia terrena desanduvo el camino y fué aún mayor su sorpresa cuando al llegar al Purgatorio salió un alguacil para decirle:

—Estás condenada á reencarnar: descende.

—¿Adónde?

—A ser el primero en la mansión de Nastud, donde están el Palacio de la Angustia, la mesa del Hambre y el lecho de la Flaqueza.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Busto retrato, modelado por Teodoro de Gosen
(Exposición de la Secesión de Munich. 1910.)

magistrado, que había tomado la ofensiva, vió con asombro que una mano invisible se llevó á la del bohemio, pasándola por delante de todos.

—También aquí hay preferencias, rugió el alma.

—¿Las que tiene la gracia en todas partes, dijo la de un chulo que andaba por los alrededores.

—Aquí se hace mérito de la gracia.

—Pero alma de cántaro, ¿usted qué se ha figurado? Armóse con esto una rechifla espantosa, y un «fuera,» «fuera,» obligó al alma del golilla á salirse de filas y apartarse de aquella turba deslenguada.

Muchos días, muchos meses, muchos años pasaron aún sin que al alma de mi cuento llegara su tur-

justicia divina? ¿Cuál habrás hecho tú en la tierra?

Y cerró de golpe las puertas y asomándose por un ventanillo le dijo:

—Vuelve al Purgatorio.

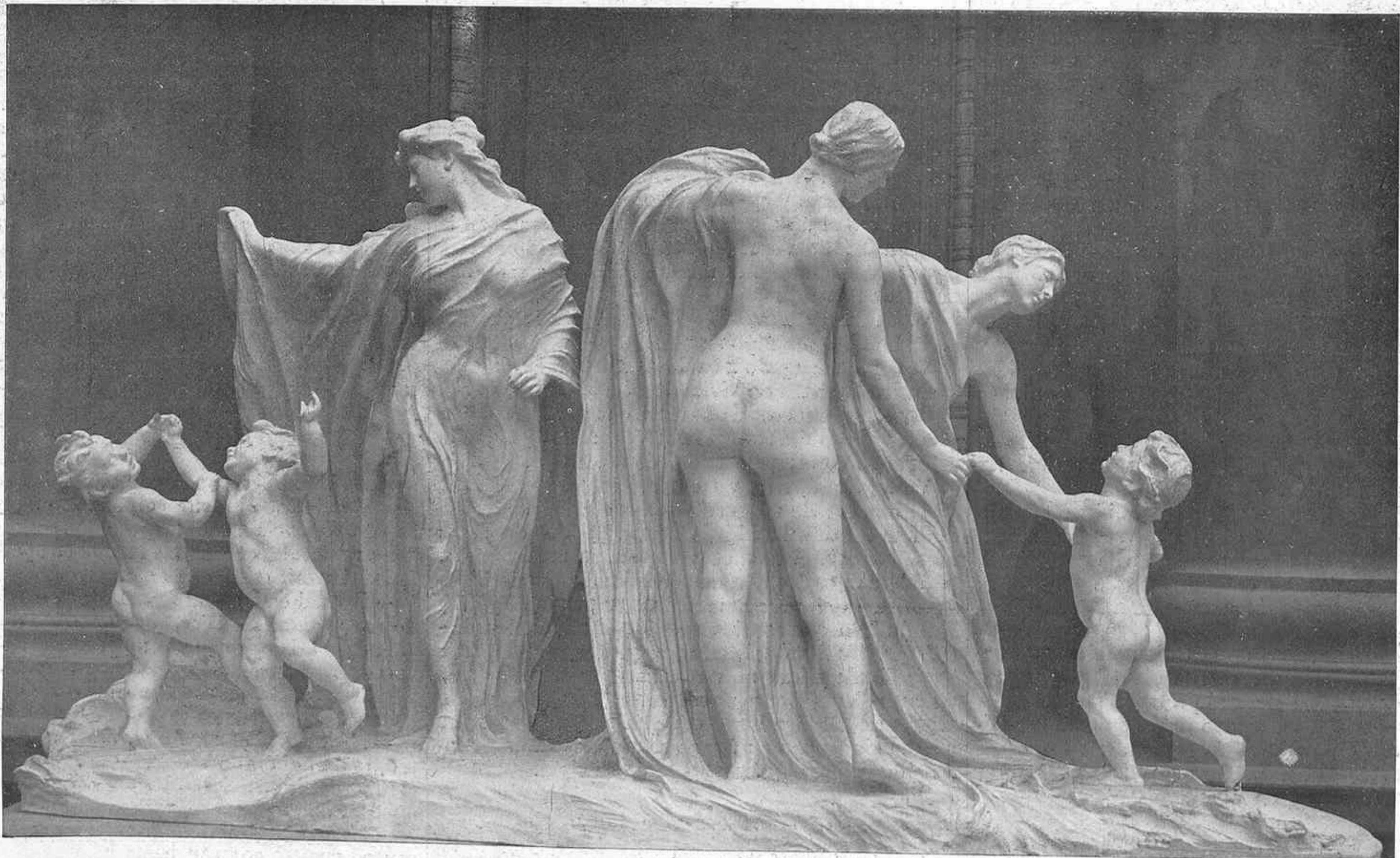
El alma de la justicia terrena desanduvo el camino y fué aún mayor su sorpresa cuando al llegar al Purgatorio salió un alguacil para decirle:

—Estás condenada á reencarnar: descende.

—¿Adónde?

—A ser el primero en la mansión de Nastud, donde están el Palacio de la Angustia, la mesa del Hambre y el lecho de la Flaqueza.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



La Edad de Oro, grupo escultórico de Eduardo Deckers. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Bruselas. 1910.)

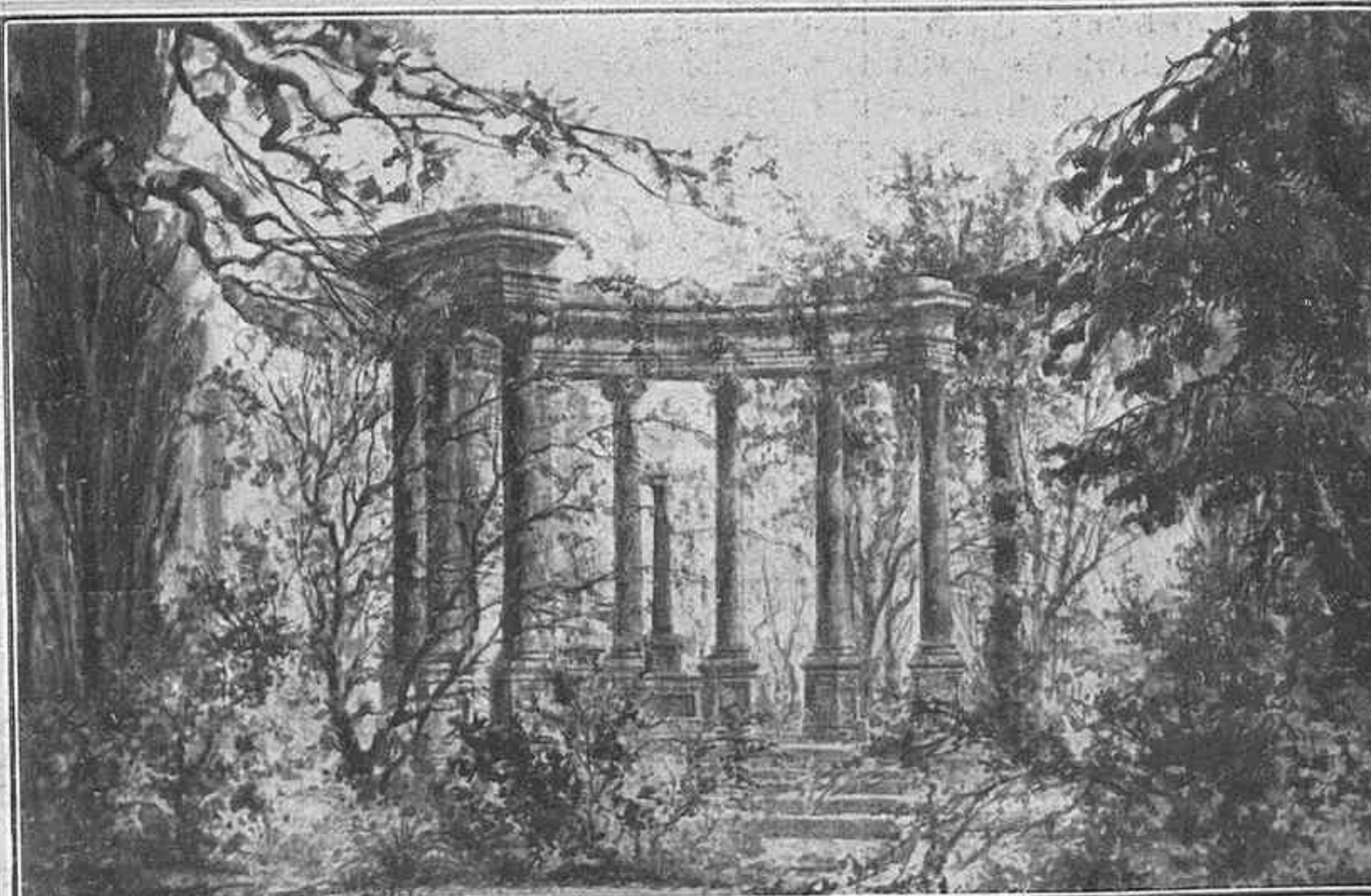
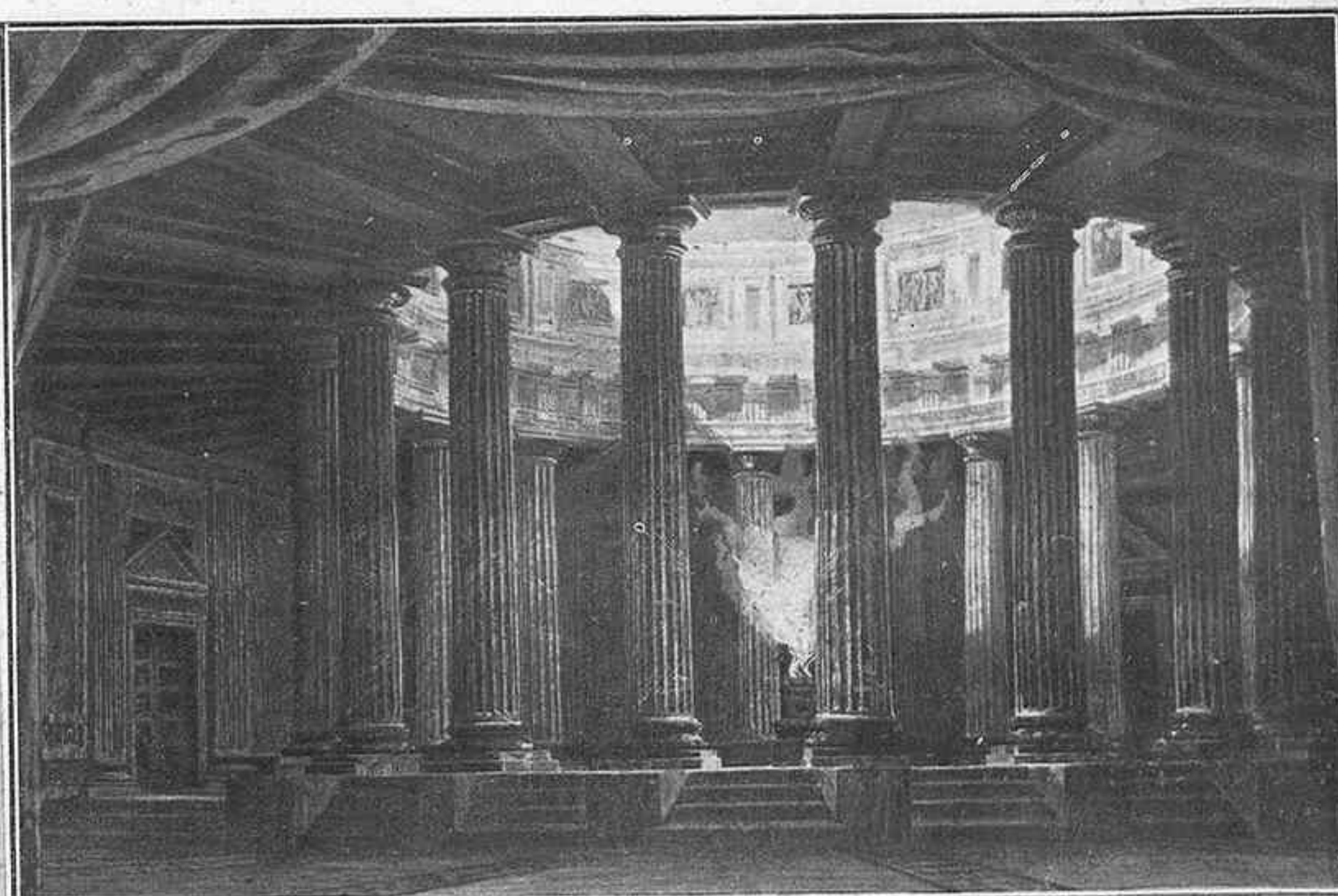
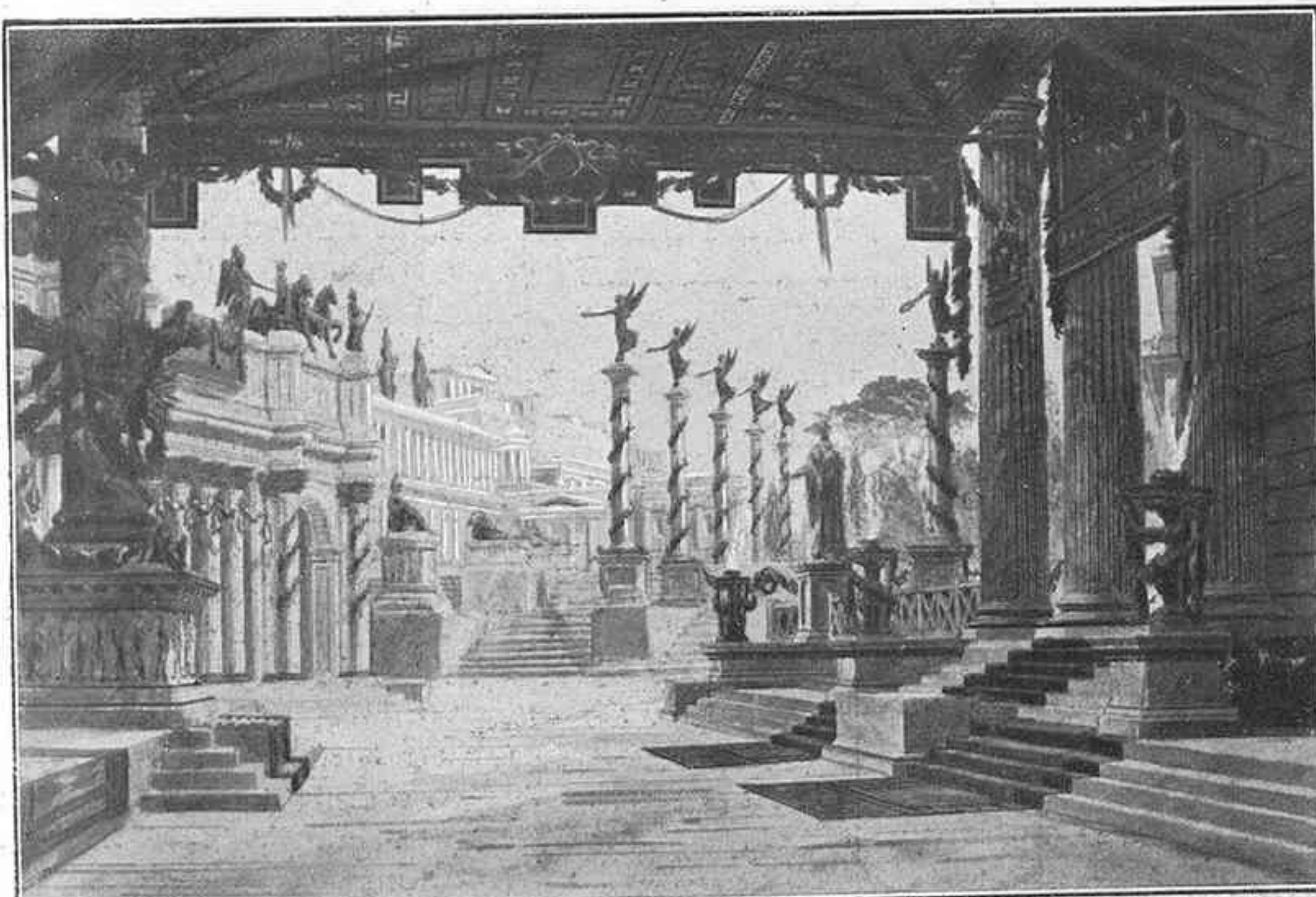
LA VESTALE

ÓPERA EN TRES ACTOS DE SPONTINI



Los principales intérpretes de la obra

GIANNINA RUSS (prima dona soprano absoluta). — El maestro LUIS MANCINELLI. — JUAN VACCARI (tenor). — EDGARDO MARCO (barítono). — ALFREDO BRONDI (bajo)
ALICE ZACCONI (contralto.)



Decoraciones de los actos primero, segundo y tercero (primero y segundo cuadro) de «La Vestale»
pintadas por A. Granata, R. Testi y P. Magri, de Milán



Mosaico romano recientemente descubierto en unas excavaciones practicadas en Zaragoza. (De fotografía de Freudenthal.)

ZARAGOZA

DESCUBRIMIENTO DE MOSAICOS ROMANOS

En unas excavaciones que actualmente se están practicando en una finca de la calle del Desengaño, de Zaragoza, propiedad de D. Mariano de Ena, se han encontrado varios mosaicos romanos de inestimable valor artístico y arqueológico.

El más notable de ellos, así por su tamaño como por su estado de conservación, es el que adjunto reproducimos y que mide unos cinco metros de largo. Representa una carroza romana arrastrada por dos soberbios tigres guiados por varias matronas y conducidos por una figura mitológica. La actitud de los personajes y la perspectiva que ofrece el grupo son bellísimas, como lo es también la orla de fragmentos blancos y negros que forma marco á la composición. Las figuras están compuestas de piedrecillas de varios colores que se destacan sobre el tono gris del fondo.

Junto á este mosaico se ha descubierto otro que representa un medallón con un busto de hombre, rodeado de siete franjas de irreprochable factura, y al lado de él varios baldosines fragmentarios de diversas formas.

Los mosaicos encontrados ocupan un buen trozo de terreno, pues todas las figuras son de tamaño natural.

En las últimas excavaciones realizadas en el mismo sitio van apareciendo otras grecas y un pavimento de mármol

blanco, lo que hace suponer que el mosaico, que ha sido hallado á metro y medio próximamente de la superficie del suelo, se extiende bastante más bajo tierra.

La finca del Sr. Ena, en donde se han hecho estos descubrimientos, de gran trascendencia para los amantes del arte antiguo, está siendo muy visitada por aficionados é inteligentes en materia de arqueología.

MADRID

FIRMA DEL TRATADO CON MARRUECOS

Después de largas y difíciles negociaciones, tanto más difíciles cuanto que los que las sostenían por parte de España habían de vencer las hábiles resistencias de la diplomacia marroquí y al mismo tiempo tenían que luchar contra ciertos elementos de nuestra misma patria hostiles á la acción española en Marruecos, firmóse en la noche del 16 del actual el tratado que pone término á nuestras diferencias con aquel imperio y asegura nuestros derechos y

cuando al día siguiente el presidente del Consejo de Ministros Sr. Canalejas, dió cuenta al Senado del feliz término de las negociaciones y explicó el alcance del tratado suscrito y las ventajas que significa para España, no sólo desde los puntos de vista de la política interior sino también y muy singularmente de la internacional, los representantes de todos los partidos que se sientan en aquella Cámara y el presidente de la misma felicitaran, en patrióticos discursos, al gobierno por la magna obra llevada á cabo.

Al día siguiente, efectuóse en el ministerio de Estado un almuerzo en honor de El Mokri al que asistieron los presidentes del Consejo y del Congreso;

los ministros de la Guerra, de Estado y de Gracia y Justicia, y algunos altos funcionarios diplomáticos, y al final del cual el Sr. Canalejas y Alí Zaqi Bey, en nombre de El Mokri, brindaron por el sultán Muley Hafid y por S. M. el rey D. Alfonso XIII respectivamente.

El día 18 S. M. obsequió á El Mokri y al secretario y primer consejero de la embajada marroquí con un suntuoso banquete que se celebró en el salón rojo del palacio real y al que concurrieron, además de las personas de la real familia el presidente del Consejo, el ministro de Estado, los altos funcionarios palatinos el subsecretario de Estado Sr. Piña, el Sr. Hontoria, jefe del gabinete diplomático y el conde de Pie de Concha primer introductor de embajadores.

El embajador y los moros de su comitiva, que vestían lujosísimos trajes y lucían en sus pechos las condecoraciones que

les han sido concedidas con motivo de la firma del tratado, fueron recibidos con todos los honores correspondientes.

Al final del banquete no hubo brindis; únicamente S. M. el rey levantó su copa de champaña dirigiéndose á El Mokri, quien contestó al saludo del monarca haciendo una profunda reverencia.

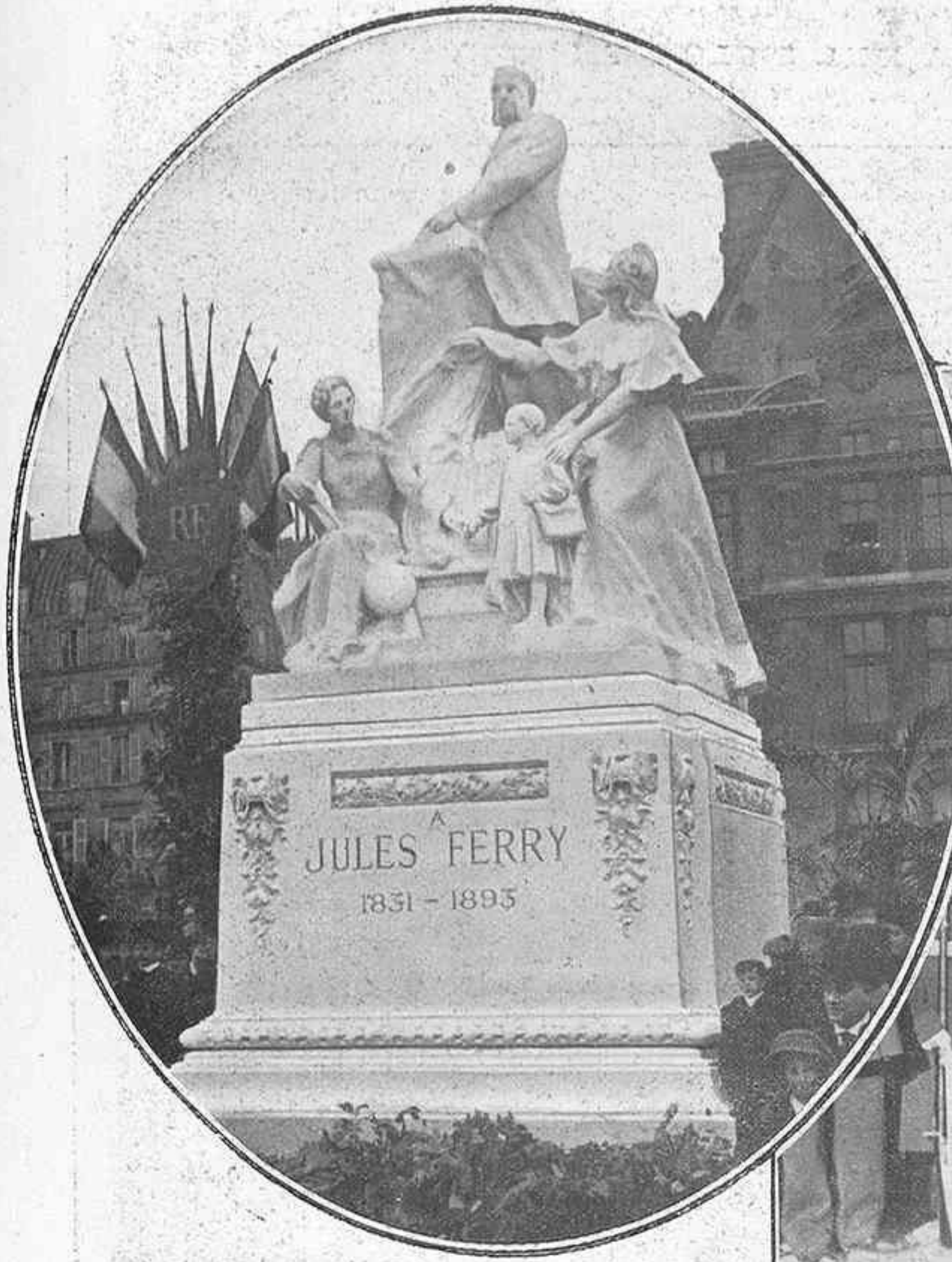
El Mokri salió el 19 de Madrid con dirección á París.—P.



Madrid.—Firma del tratado de Marruecos. (De fotografía de Asenjo.)

nuestra influencia en el Norte de Africa. El acto de la firma efectuóse en el ministerio de Estado, habiendo firmado el Sr. García Prieto y el ministro del sultán, El Mokri, con una pluma de oro rematada por valiosa perla que fué regalada después al primero.

El gobierno, y muy singularmente el ministro de Estado Sr. García Prieto, han obtenido un gran triunfo para España. No es, pues, de extrañar que,



París.—Monumento á Julio Ferry, recientemente inaugurado. Obra del escultor Gustavo Michel y del arquitecto Carlos Blondel.

PARIS

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á JULIO FERRY. Llegada del presidente de la República Sr. Fallieres y del presidente del Consejo Sr. Briand al Jardín de las Tullerías para asistir á la inauguración del monumento. (Fotografías de Branger.)

El domingo, día 20 de los corrientes, inauguróse el monumento que á la memoria de Julio Ferry ha erigido en el Jardín de las Tullerías la Liga francesa de la Enseñanza con el producto de una subscripción pública. El acto revistió gran solemnidad y á él asistieron el presidente de la República, los presidentes del Senado, de la Cámara y del Consejo de Ministros, los miembros del gobierno, representantes de la Universidad, de la administración pública, del Consejo general y del Consejo municipal, delegados de los escolares de París y de los departamentos, académicos, senadores, diputados y los individuos de la familia de Ferry.

Comenzó la ceremonia cantando las alumnas de la Escuela Normal de Institutrices del Sena y las de la Escuela Normal superior de Fontenay-aux-Roses el *Himno troiano* de Berlioz y después que el Sr. Dessaye, presidente de la Liga francesa de la Enseñanza, hubo hecho entrega, en nombre de ésta, del monumento al Estado, el presidente del Consejo de Ministros Sr. Briand pronunció un elocuente discurso enalteciedo la obra realizada por Ferry, señalando las luchas que hubo de sostener contra los mismos republicanos en defensa del orden y del oportunismo indispensables para la implantación sólida y para el firme arraigo de las grandes reformas democráticas y estableciendo un parangón entre la situación en que desarrolló su política aquel ilustre repúblico y la en que actualmente se halla Francia.

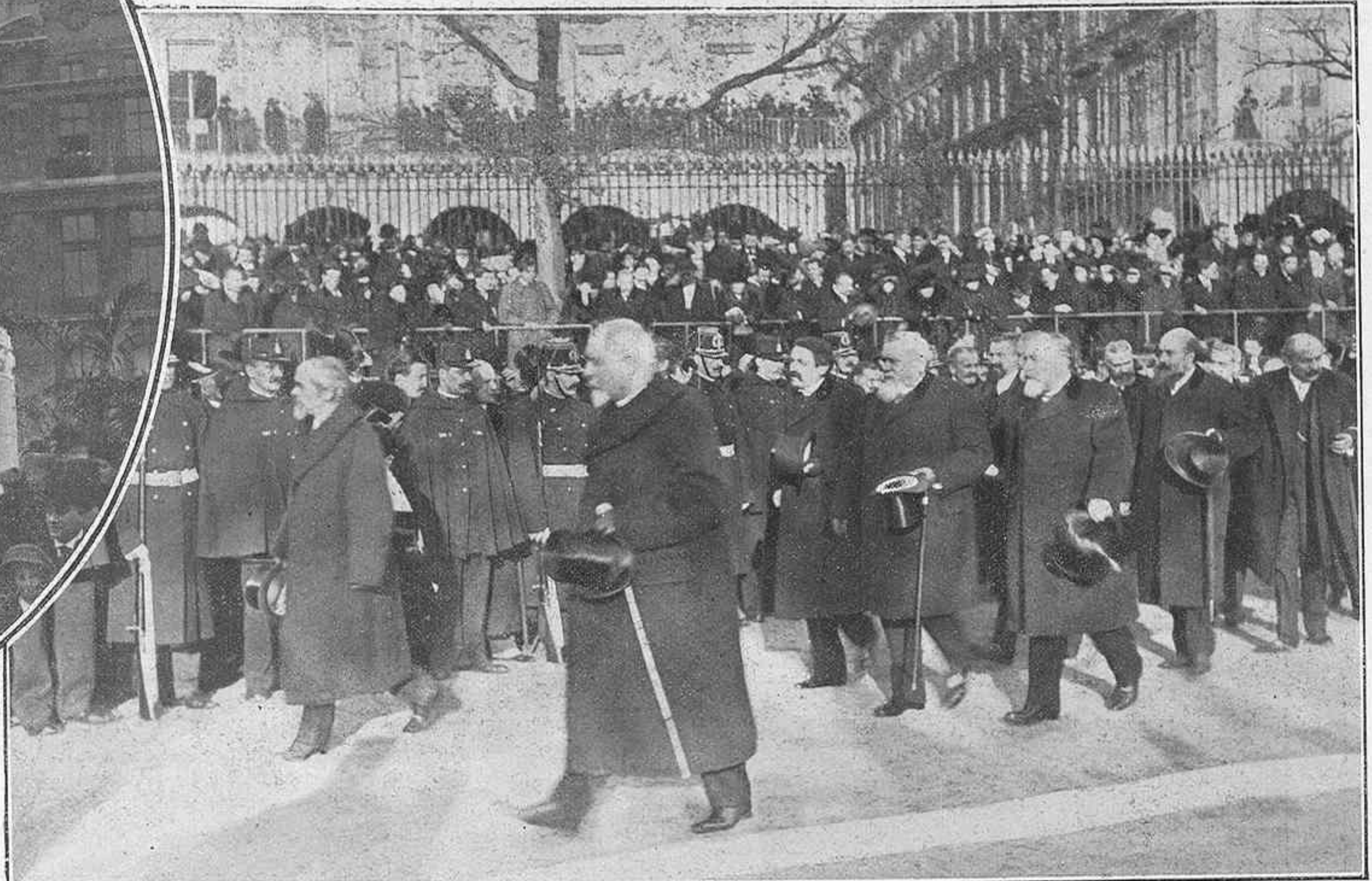
Unánimes y estrepitosos aplausos coronaron la patriótica peroración del Sr. Briand.

También pronunciaron elocuentes discursos el

Sr. Dubost, presidente del Senado, y el ministro de Instrucción pública.

Después los alumnos de la Escuela Normal de Profesores del Sena cantaron el coro *Espiritus invisibles* de Lacombe, y Julio Bois leyó un inspirado poema en elogio de Ferry.

Terminó el acto con el canto del *Him-*



no á la Libertad, de Mehul, entonado por los alumnos de las tres escuelas normales y con el desfile de los escolares por delante del monumento.

Cuando, después de concluida la ceremonia, la comitiva oficial bajaba por la terraza de las Tullerías, un individuo en ademán agresivo y gritando «¡Abajo la República! ¡Viva el rey!» abalanzóse sobre el Sr. Briand. Éste pudo evitar la agresión, sin

en conceder distinciones especiales á los altos dignatarios de la misma.

Recientemente, hallándose de caza en Donaueschingen, en el palacio del príncipe de Fürstenberg, visitó el cercano monasterio de benedictinos de Beuron, al que, en la primavera pasada, regaló un magnífico crucifijo de bronce. Durante esta visita y contestando á la salutación del abad, el emperador pronunció las siguientes frases: «Espero que los benedictinos, cuya acción me ha sido siempre simpática, apoyarán los esfuerzos que estoy realizando para conservar la religión en el pueblo. El siglo xx ha hecho nacer ideas que sólo pueden combatirse victoriosamente con el auxilio de la religión y el apoyo del cielo. El gobierno de los soberanos cristianos no puede ser dirigido más que en el sentido del Señor. Es necesario reforzar el sentimiento religioso innato en los germanos y aumentar el respeto al altar y al trono, que están unidos y no deben separarse nunca.»

No es esta la primera vez que el emperador se expresa en este sentido; al contrario, aprovecha cuantas ocasiones se le presentan de inculcar en su pueblo los sentimientos que tan firmemente arraigados están en su



Visita del emperador Guillermo II de Alemania al monasterio de benedictinos de Beuron. El emperador despidiéndose del abad. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

recibir daño alguno; pero el público, creyendo que el presidente del Consejo estaba herido, quiso linchar al agresor, que á duras penas pudo ser salvado de las iras populares.

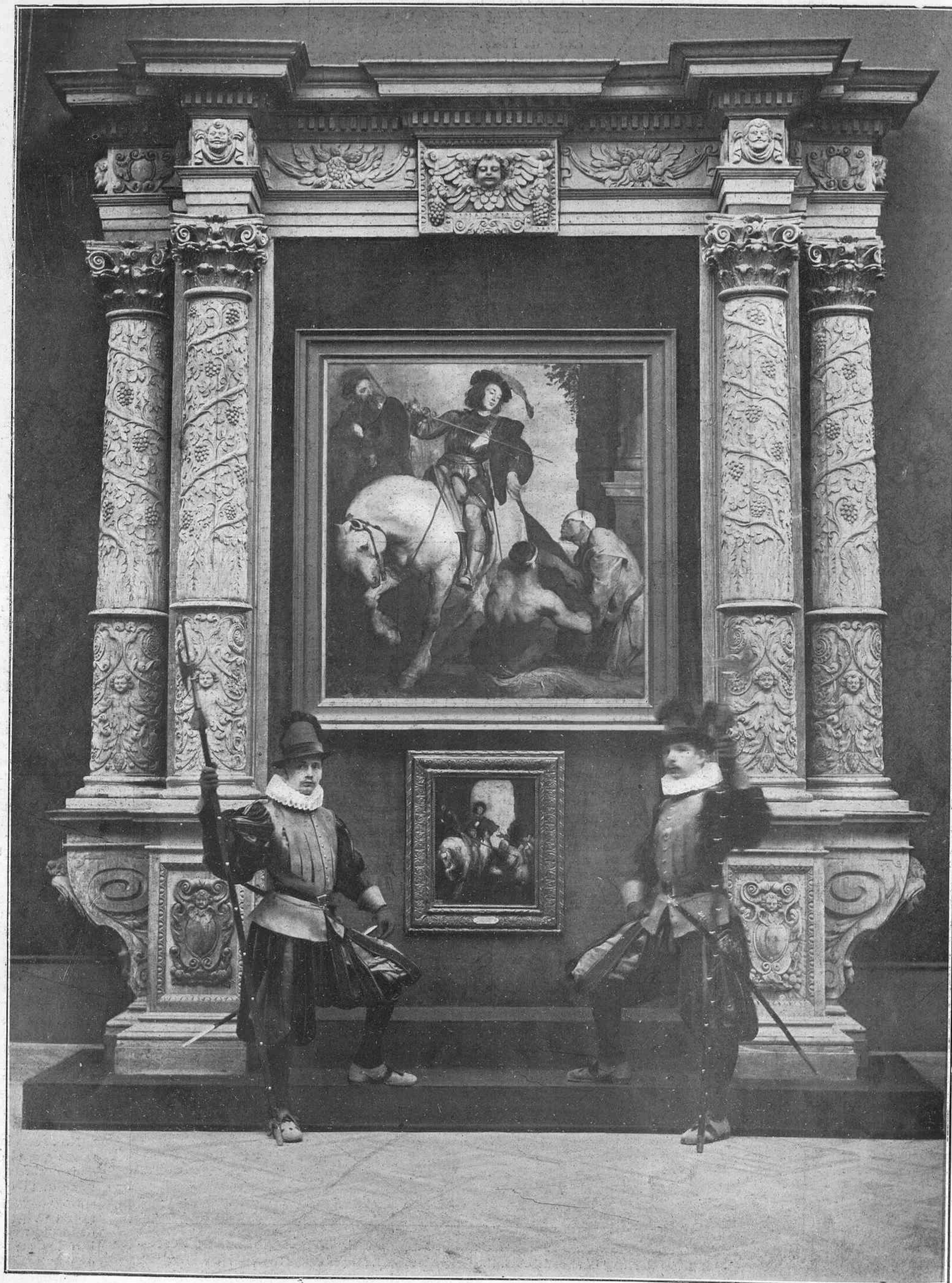
Interrogado en la comisaría de policía, declaró llamarse Luciano Lacour, pertenecer á la agrupación de los «Camelots du Roi» y haber querido con su acto protestar contra el régimen.

alma. Así, hace poco, al revistar á los nuevos reclutas con motivo de la jura de la bandera, les dirigió una alocución en la que, entre otras cosas, les expresó su deseo de que sus soldados rezaran todos los días; y en una ocasión en que el obispo de Munster se lamentaba del incremento del socialismo, le contestó: «Sólo la religión puede poner coto á ello.»—R.

EL EMPERADOR DE ALEMANIA

EN EL MONASTERIO DE BENEDICTINOS DE BEURON

Guillermo II es un espíritu eminentemente religioso, de una religiosidad no exclusivista, puesto que, aun siendo protestante, no repara en mostrar su benevolencia y su afecto á la Iglesia católica y



SAN MARTIN, cuadro de Van Dyck, perteneciente á la iglesia de Savanthem (Bélgica)

Debajo del cuadro se ve un boceto del mismo. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

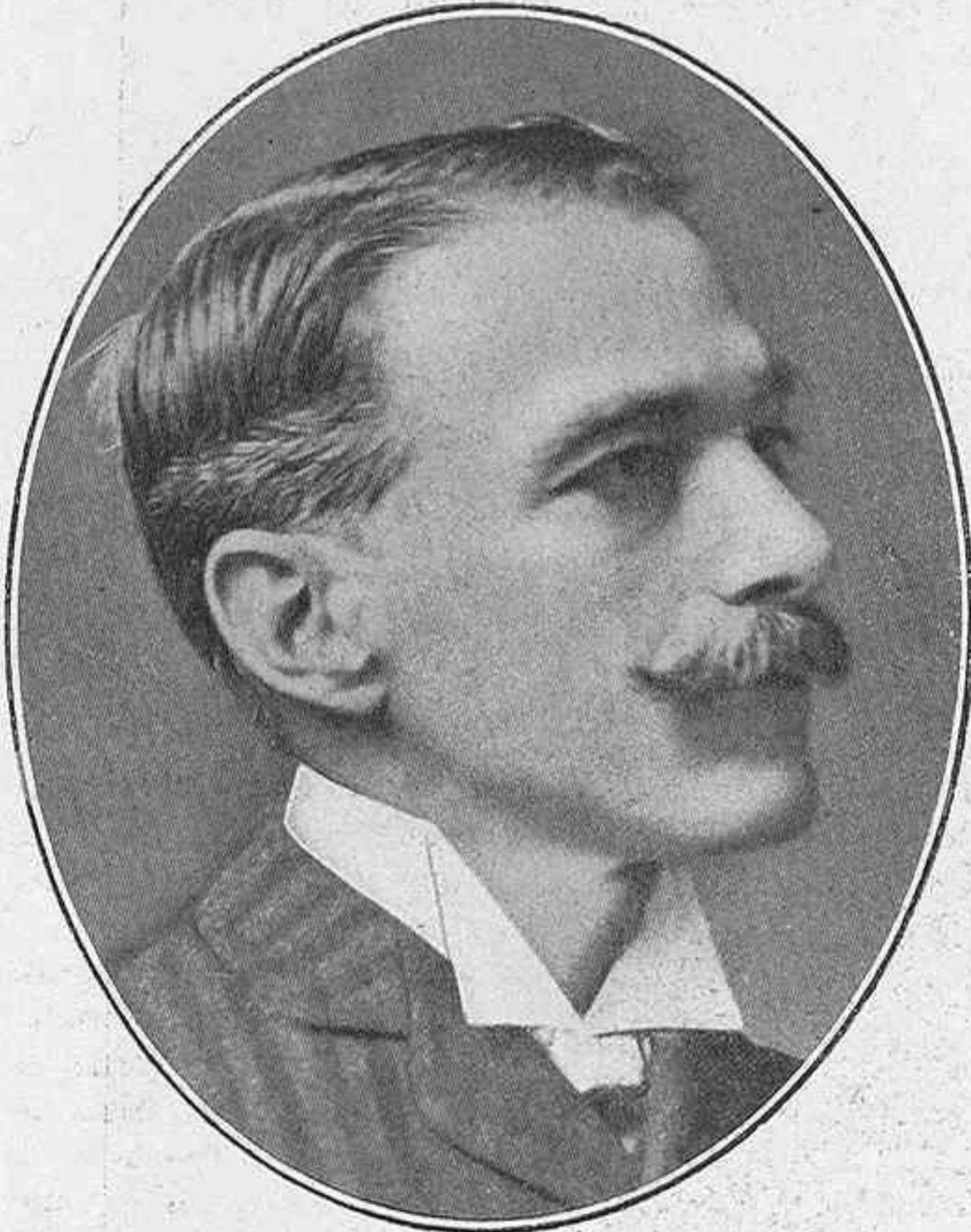


MIGUEL OPHOREN, el confesor de Pedro Pablo Rubens, retrato pintado por éste

(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

D. CARLOS A. RESTREPO

El nuevo presidente de Colombia nació en 1868 en la ciudad de Medellín, departamento de Antioquia, en donde recibió su primera educación y estudió literatura, filosofía y leyes. Su padre, D. Pedro A. Restrepo, fundador de la población



D. Carlos A. Restrepo, presidente electo de la República de Colombia. (De fotografía.)

de los Andes, fué uno de los profesores más prominentes de Antioquia y un distinguido jurista, y de él heredó don Carlos sus dotes oratorias.

Asociado con otro abogado de reconocida reputación, ejerció su carrera durante algún tiempo, ejercicio que no le impidió dedicarse á trabajos literarios, escribiendo poesías y haciendo excelentes traducciones del inglés y del francés.

Durante muchos años, ha intervenido muy activamente en la política y los artículos que ha publicado en la prensa siempre se han distinguido por su erudición y por la poderosa lógica de sus argumentos.

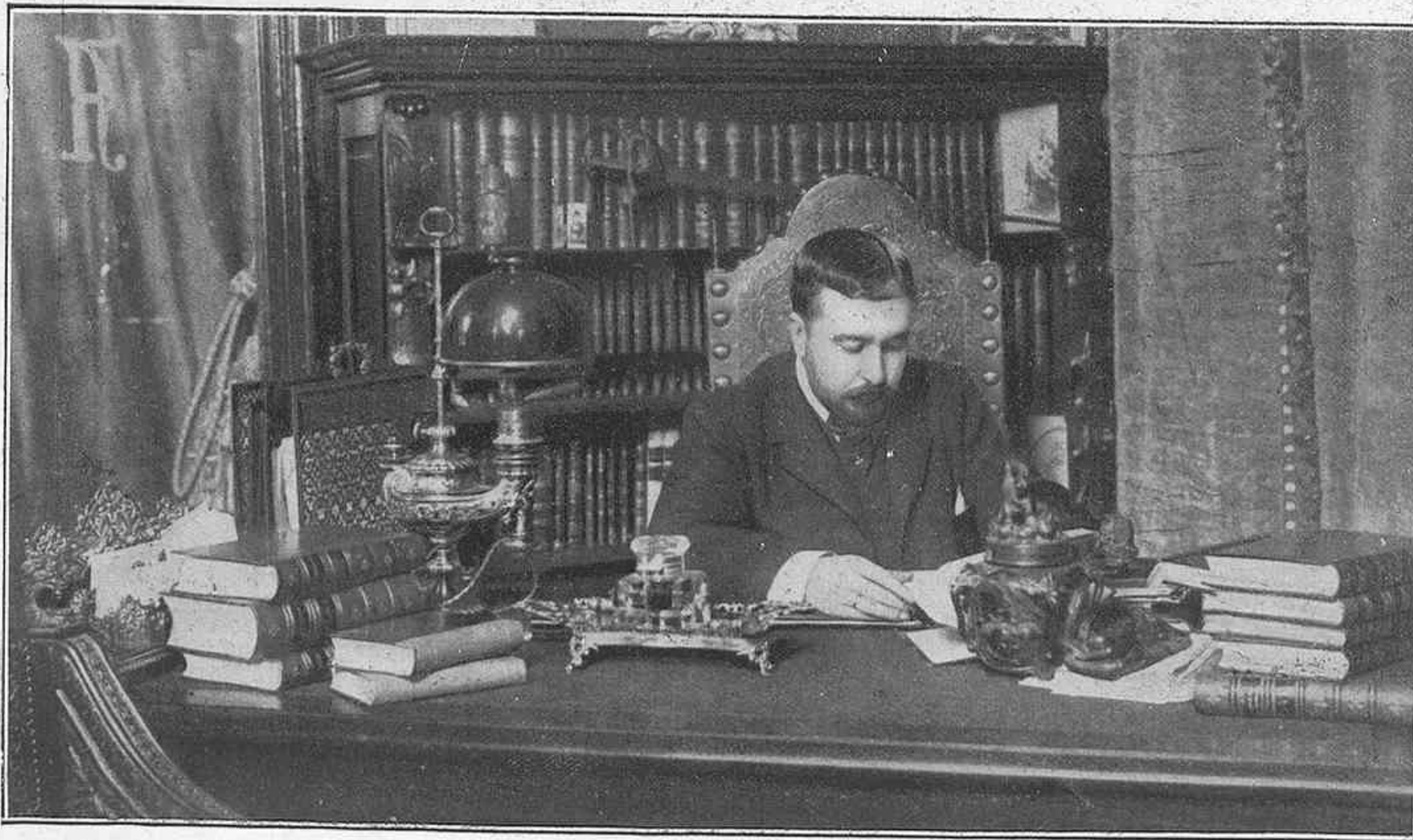
Cuando fué elegido presidente, ocupaba la presidencia de la Cámara de Representantes.

El Sr. Restrepo tomó parte importante en la guerra que comenzó en 1899, en la cual, como en todas sus empresas, desplegó gran valor, perseverancia y un espíritu de justicia y benevolencia gracias al que siempre ha podido sobreponerse á toda pasión política.

Al suspender el Congreso sus sesiones el año pasado, el Sr. Restrepo regresó á su ciudad natal con ánimo de retirarse á la vida privada; pero sus compañeros no le permitieron que abandonase la vida pública y en 15 de julio de 1910 lo eligieron presidente de la República.

D. ADOLFO SUÁREZ DE FIGUEROA

A la edad de cuarenta y ocho años ha fallecido en Madrid este ilustre periodista, que por su talento y por su laboriosidad



El distinguido periodista madrileño D. Adolfo Suárez de Figueroa, fallecido en Madrid el día 22 de los corrientes. (De fotografía de Asenjo.)

se había conquistado uno de los primeros puestos en la prensa política española. Nació en Estepona (Málaga) y desde muy joven se dedicó al periodismo, en unión de su hermano D. Augusto, verdade-

ro maestro en este arte, distinguiéndose por su acometividad y por su estilo satírico y vibrante.

Fué redactor de *El Imparcial*, del que salieron los dos hermanos para fundar *El Resumen*, el batallador diario que representó en la prensa madrileña un progreso de las costumbres periodísticas y alcanzó excepcional favor del público.

Más tarde, en 1895, se encargó de la dirección de *El Nacional*, cuya propiedad adquirió poco después, congregando en su redacción hombres tan valiosos como Eusebio Blasco, Salvador Canals, Lombardero, Linares Rivas, Cuartero, etcétera, y haciendo en él campañas tan memorables como la que llevó á cabo después de la muerte de Cánovas contra la jefatura de D. Francisco Silvela para el partido conservador.

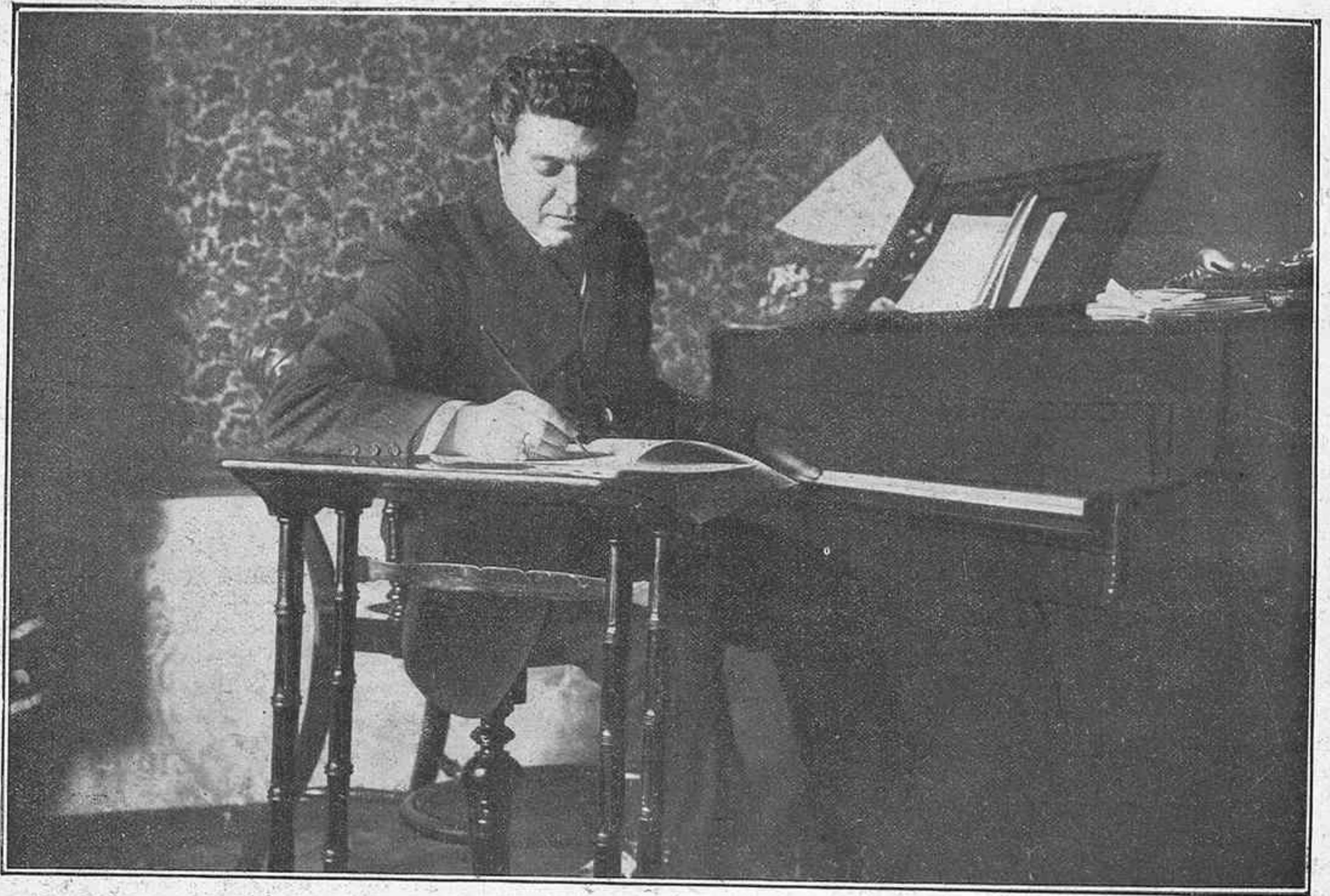
Desde hace algún tiempo, la enfermedad que le ha llevado al sepulcro tenfale enteramente alejado del periodismo.

Fué concejal y teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid, senador y varias veces diputado á Cortes.

¡Descanse en paz!

EL MAESTRO MASCAGNI

Los Estados Unidos se han propuesto, y lo consiguen, acaparar todo lo más saliente en el mundo de las Bellas Artes. Sus archimillonarios se llevan, pagándalas á peso de oro, todas las joyas del arte antiguo que en el mercado se ofrecen y los pintores y escultores modernos de verdadera fama tienen asegurada una rápida fortuna en aquella tierra de los dólares.



El maestro Mascagni escribiendo la partitura de su ópera «Isabel», recientemente estrenada en Nueva York. (De fotografía de Carlos Abeniagar.)

Y lo propio sucede en materia de música. Los cantantes de más renombre logran allí contratos que nunca pudieron soñar y los teatros europeos, aun los más importantes, vense privados de incluir en los elencos de sus compañías á las estrellas del canto que, acostumbradas á los sueldos más que pingües

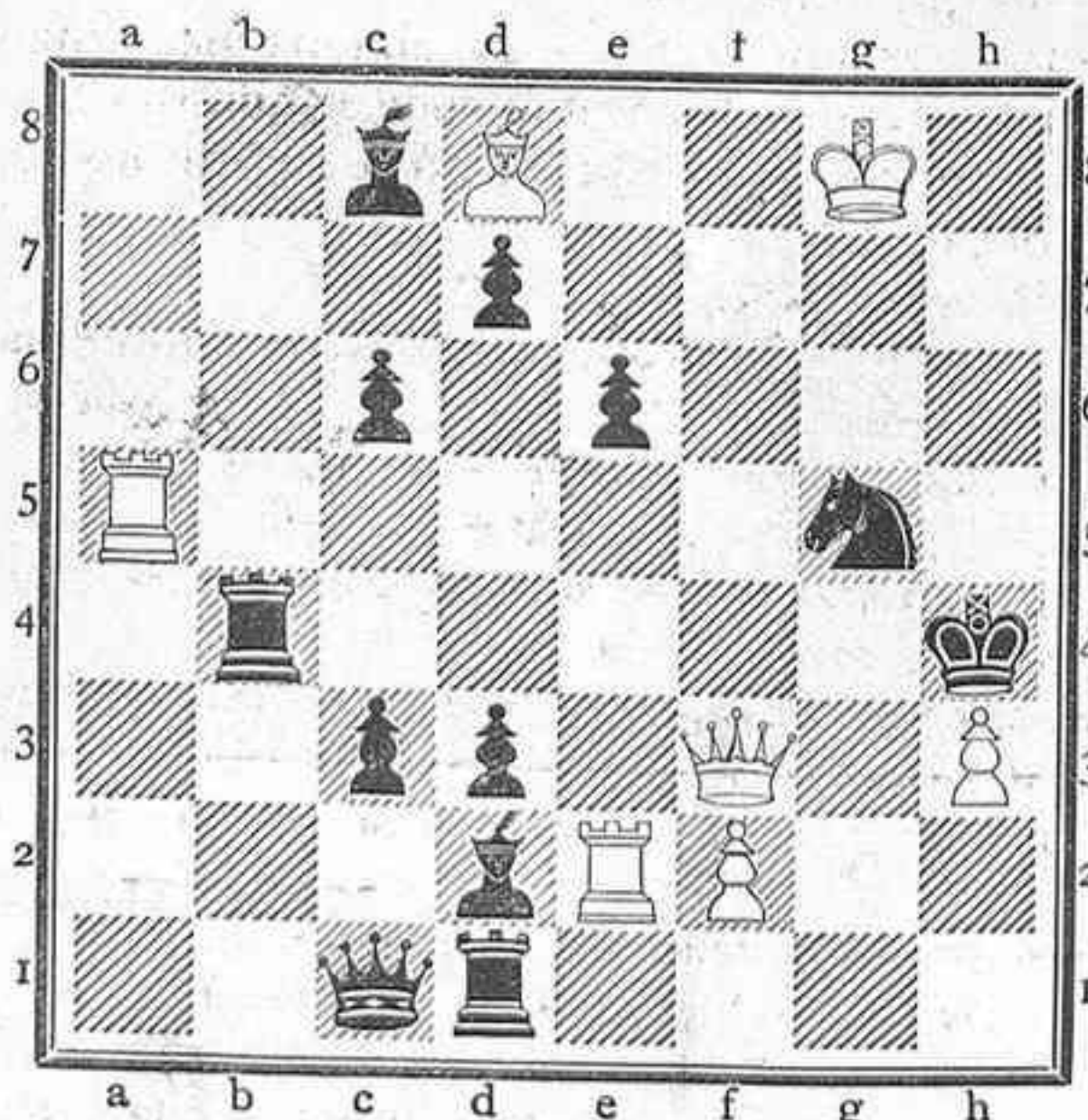
gnón, ha dado un concierto en el que ha tocado, mereciendo muchos aplausos, la *Sinfonía Heroica* de Beethoven, *La nit de Nadal* (con la cooperación del «Orfeo Gracienc»,) idilio sinfónico musical de Lamothe, la *Marcha al suplicio* de Berlioz, *Fiestas* de Debussy y *El aprendiz de brujo* de Dukas. Finalmente el célebre Rosenthal, con razón llamado el coloso del piano, ha dado dos conciertos en los que ha ejecutado de un modo prodigioso composiciones de Beethoven, Chopin, Bach, Scarlatti, Henselt, Couperin, Schubert, Schumann, Albéniz y suyas, alcanzando entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 556, POR V. MARÍN

De *La Suno Hispana*, Junio 1910

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

que los empresarios yanquis les ofrecen, se desdían de entrar en tratos con los del viejo mundo.

Pero aún ambicionan más, quieren obtener hasta las primicias de las nuevas obras de los compositores y así, por ejemplo,

LA MADRE PATRIA

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

Pero Guillermo, con los ojos desencajados por el espanto, con las manos crispadas en las sienes con un gesto de loco, vacilaba bajo no sé qué misteriosa revelación de un sentimiento confuso hasta aquel día.

El ver aquel cuerpo caído, traspasado por el cuchillo que él mismo había ofrecido para el sacrificio, le causó una inmensa pena. Se ahogaba.

Súbitamente pudo gritar. Con voz espantosa y siniestra gritó en efecto: —¡Socorro, socorro!

Y prolongó este grito, corriendo hacia la playa donde sabía que se encontraban varios hombres. Plantaron, que construía un aparato para coger langostas, al oír aquel lúgubre clamor, suspendió sus martillazos...

Una hora después, sobre una camilla improvisada con remos, ramas y follaje, Lucrecia, que parecía muerta, entró en su casa.

Fué una tempestad en pleno cielo azul; soplaron por toda la habitación vientos de locura; gemidos y sollozos de mujeres, imprecaciones y blasfemias de hombres; un trastorno, un choque de incoherencias, un torbellino de voluntades imprecisas, de indecisos cuidados, una mezcla de sentimientos diversos; todo esto confundido producía una verdadera demencia y todo duró hasta que Jerónimo, después de haber sondado la herida, juró por Cristo y por los Evangelios que había buenas esperanzas de que Lucrecia curase.

Entonces se interrogaron:

—¿Qué había ocurrido?
¿De dónde venía aquella herida?

Hasta más tarde, ya de noche, no pudo Lucrecia contar lo que había pasado. No abultó nada; la verdad era suficiente.

Una vez que hubo desaparecido el peligro, pues la muchacha no tenía fiebre ni sentía gran dolor, como toda inquietud hubiera sido excesiva, Rolando llamó a sus hermanos y les dijo en el patio:

—¡Falta vengarla!

—Si queréis, yo me encargo, propuso inmediatamente Reinaldo.

—¿Por qué tú solo?, preguntó Rogerio.

—Porque aún tengo una cuenta vieja que arreglar con Gottlob, y Gottlob es seguramente el más culpable en esta ocasión.

—Es posible, pronunció Rolando; pero el honor de la casa importa a todos nosotros. Mas no podemos alejarnos juntos... ¿Quién sabe lo que allí preparan?

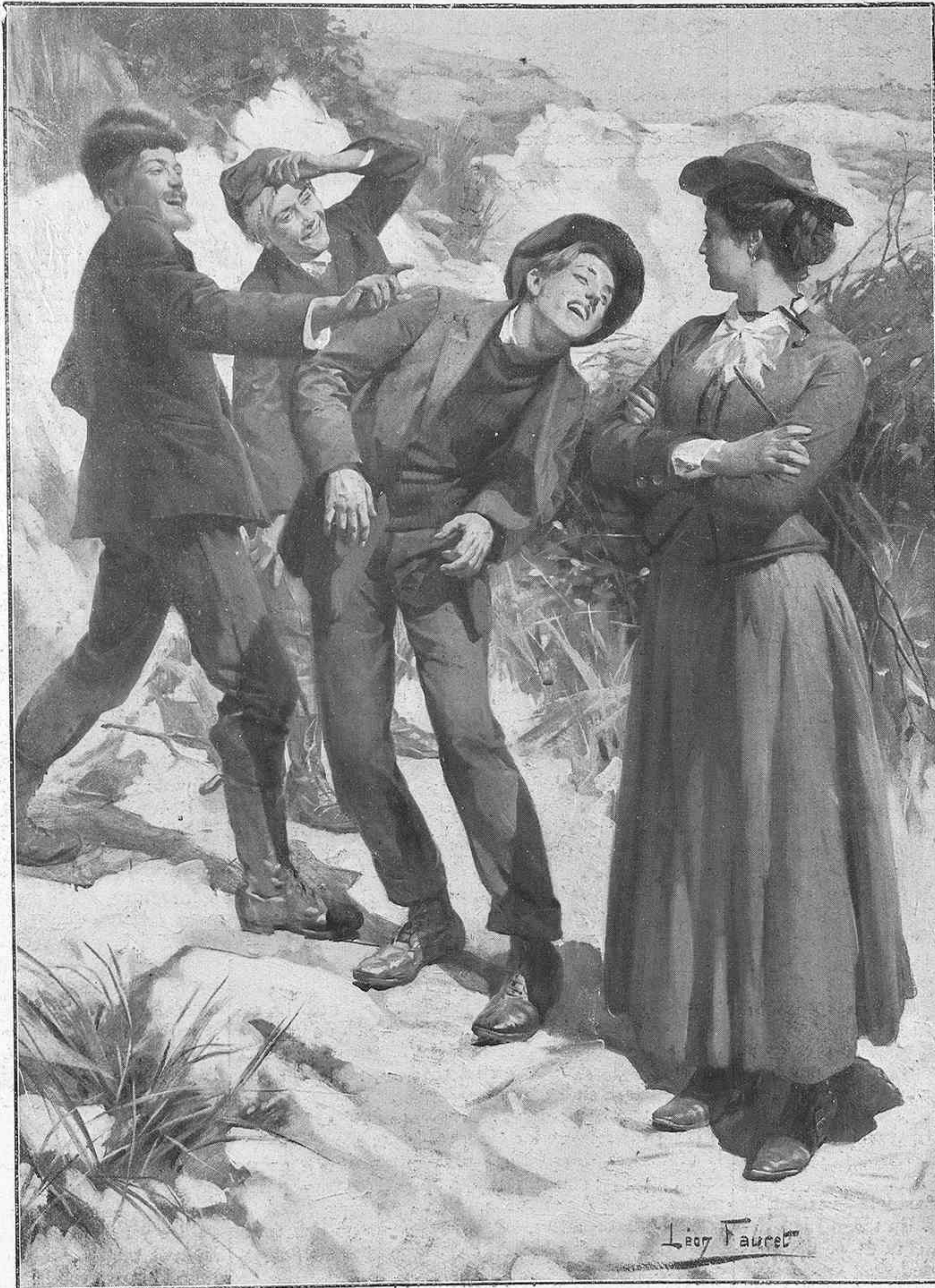
—Pues echemos suertes, propuso Rogerio.

—Esto es, aprobó Reinaldo... Esperad.

Sacó de su bolsillo una cartera de la cual arrancó una hoja que rompió en tres pedazos iguales, y luego un lápiz. En cada pedazo de papel escribió rápidamente un nombre, y anunció en voz alta:

—Rolando, Rogerio, Reinaldo. Ya está.

Dobló en seguida los tres papeles de un modo igual, y como el hijo de Gervasio, un niño de doce



Los tres hermanos se echaron á reír; tan poco creían en la sinceridad del drama que representaban. (V. la pág. 758.)

años, acertase á pasar por su lado, lo detuvo y le pidió su gorra en la cual metió los billetes fatídicos.

—¡Toma grumete, elige un papel y entrégalo á Rolando!

El niño obedeció sin decir palabra. Extraído un billete, Reinaldo hizo añicos los otros dos que habían quedado en la gorra, y los arrojó al aire que los dispersó. En seguida devolvió la gorra al niño. Rolando desdobló el papel y leyó: «Reinaldo.»

—¿Veis?, exclamó éste; estaba escrito, y el derecho es mío.

La verdad es que en los tres papeles había trazado el mismo nombre, el suyo. Esta superchería le parecía legítima. Sus hermanos no la sospecharon.

—¿Qué vas á hacer?, preguntó el mayor.

—¡No lo sé todavía, contestó el joven con una sombría sonrisa, pero descuidad, que no estará mal hecho!

—¡Ay!, suspiró Rogerio, ¡qué tiempos los nuestros!.. ¿Qué será mañana?

VI
Al cartel enviado por

Reinaldo á Gottlob, éste contestó repitiendo los términos que aceptaba:

«Con mucho gusto, á tus órdenes. Como propones, me encontraré mañana en el Rincón-Perdido; y tú en la Fuente del Cura. Dispararás un tiro al aire. Yo contestaré con otro. Después, con las armas cargadas de nuevo, iremos el uno hacia el otro, á la voluntad de Dios.»

Es de noche; una gran noche profunda, espléndida, estrellada, sobre la selva potente, sumida en un silencio confuso.

Un pueblo, un mundo se agita, circula, ronda, espía, persigue, ataca, mata, huye, se busca, se acopla, se ama bajo los árboles gigantes de edad olvidada, mientras en las cúspides el viento pasa con un largo murmullo de cascada remota.

Pero la ley de la selva es callar en la sombra, y el idilio ó el drama deben ser mudos.

Sin embargo, de vez en cuando, un pequeño grito quejumbroso anuncia el fin de una existencia, la supresión nocturna de un débil por un fuerte; nadie le hace eco; peor para el que se deja sorprender y ¡ay de los vencidos!

Con el crepúsculo, la caza empieza y dura hasta el alba; el terreno pertenece al pueblo entero de los animales; todos los apetitos se desenfrenan, se hartan al azar de los encuentros, y si de unos resulta la muerte, de otros va á renacer la vida; equilibrio dispuesto por los destinos oscuros.

Ya no es la hora del hombre, ni siquiera para el indio, á menos de ir en cuadrilla para una expedición.

Porque la selva se defiende á sí misma, con sus lodazales, sus barrancos, sus derrumbaderos, sus inextricables espesuras de malezas, todos los lazos, todas las emboscadas de una tierra virgen cuya noche redobla el misterio y multiplica las traiciones.

Sin embargo, allá por el Norte y por el Sur, dos hombres avanzaban en el corazón mismo de aquel sitio de espanto, á lo largo de los senderos apenas trazados: Reinaldo y Gottlob.

Cada uno, con igual gesto, apartaba delante de sí las ramas rastreras que obstruían el paso, y se orientaban casi á tientas, entre la espesura. La luna que se filtraba á través de las hojas nuevas les guiaba por momentos. Uno y otro llevaban la escopeta á la espalda, en bandolera, y el cañón se enganchaba á veces en los obstáculos resbaladizos que volvían á cerrarse tras ellos.

Pocos hombres de la selva se hubieran atrevido á correr semejante aventura, pero el odio les sostenía y guiaba; además, desde la infancia, habían recorrido el bosque en todos sentidos y lo conocían en sus re-

pliegues, como cualquier ciudadano conoce los pasillos y rincones de su casa.

Metíanse por entre las ramas sin gran precaución, ansiosos de llegar al punto de la cita, y hacía más de una hora que marchaban de esta manera.

Al fin Reinaldo se detuvo. En un claro, en medio de un caos de rocas verdosas, entre musgos y algas, brotaba del suelo, con un sordo murmullo, una fuente que se extendía en seguida para formar una balsa límpida en que lucía un fondo de guijarros blancos y amarillos.

Allí es donde, hacia el crepúsculo, vienen lentamente á beber los ciervos; una paz solemne, como en la infancia del mundo, rodeaba aquel paisaje que no había cambiado.

Reinaldo no era de un natural soñador ni contemplativo; sin embargo, la belleza penetrante de aquella soledad le ocupó un minuto.

La luna, sobre el claro, se elevaba pálida y blanquecina, entre una especie de bruma; las cúspides de los contornos se esfumaban en el azul indeciso de una atmósfera vaporosa; una gran flor violeta, al extremo de un largo tronco, se alzaba solitaria sobre una plazoleta de musgo; las aristas de las rocas perdían su rigidez en una bruma húmeda y rastrera.

Reinaldo, que contemplaba todo aquello, murmuró:

—¡Bonito sitio, para una cita! Antes, cuando yo creía amar á Carlota, debimos venir por aquí. ¿La he amado realmente? ¡No lo creo! En fin, en vez de ella, viene su hermano; no da lo mismo; pierdo en el cambio, pero pensemos en él.

Sacó el reloj. A la claridad de los astros veía las agujas.

—Las cinco..., aún hay noche para media hora. Llego con anticipación. Esperemos.

Con un movimiento de hombro se desprendió de la escopeta que puso en el suelo, apoyada contra una roca. Y, no teniendo nada que hacer, se puso á mirar á la luna.

Impasible y fría, ésta brillaba, y, según los ojos que la contemplaban desde abajo, debía parecer triste ó alegre; nupcial para los enamorados, homicida para los asesinos; cómplice de todos los actos, buena para todos los papeles.

Reinaldo hizo un gesto de desagrado, sacudió la cabeza, y, volviendo los ojos, despreció aquel plano falto de precisión, aquel pálido círculo:

—¡Qué cara de tonta!

Sacó del bolsillo su pipa, la cargó metódicamente, la encendió de un chispazo de eslabón y se puso á fumar. Marchaba á lo largo de la fuente, pues, á medida que se acercaba el alba, el frío caía de los árboles con la humedad.

De nuevo consultó dos ó tres veces su reloj; el tiempo no pasaba. Al fin las agujas marcaron las seis. Extendíase sobre el horizonte una línea gris; la luna había palidecido, perdiéndose en una mancha revuelta. Amanecía. El joven esperó cinco minutos más, para mayor seguridad. La línea volvióse blanca y se ensanchó.

Sacudió la ceniza de su pipa, metióse ésta en el bolsillo, cogió la escopeta en dos tiempos, como en el ejercicio militar, apuntó á aquella luna agonizante que le enojaba y tiró del gatillo.

El tiro resonó, formidable, por aquel circo lleno de ecos, y fué repercutido, en tres sacudidas distintas, en círculos que se ensanchaban.

Reinaldo, dejando caer pesadamente la culata al suelo, esperó, con el oído atento. En torno suyo, debajo de la hojarasca, se producía el ruido de una precipitada huída de animalitos miedosos; una ardilla trepó rápidamente á una encina, al mismo tiempo que dos conejos se escabullían por entre la hierba.

Pero á una milla, poco más ó menos, otra detonación contestó á la primera, redoblando el espanto de los animales asustados. Los adversarios habían cambiado sus saludos.

—¡Cuidado!, murmuró Reinaldo... ¡Ahora se trata de matar para vivir!

Y se internó en el bosque.

Por su lado, Gottlob, que también había llegado con anticipación, se estuvo paseando por el césped del Rincón Perdido, esperando con impaciencia los albores del día. Allí el paisaje era igualmente bello y melancólico; pero á Gottlob le tenía sin cuidado. En todo el bosque, una sola presencia le importaba, la del invisible enemigo que le iba á llamar.

Durante el camino, había tenido malos pensamientos, y continuaba dando vueltas para pasar el tiempo. No tenía más que emboscarse sobre la ruta de Reinaldo, un poco antes de llegar á la fuente, y fusilarlo á su paso... Era un prólogo que suprimía el drama... Pero pensaba luego:

—No. Eso no estaría bien.

Sin embargo, á esa voz de su conciencia turbada, él replicaba:

—¡Bah! En la guerra todos los ardides son buenos, hasta el ataque brusco antes de la apertura de las hostilidades.

Atontado, se rascaba la cabeza.

La voz interior repetía:

—¡No, no, eso no estará bien!

El le replicaba:

—¿Quién iba á saberlo? Nadie. Andarse con lealtades cuando se trata del pellejo, es una necedad.

Y el debate se prolongaba entre las dos opiniones contrarias.

En torno suyo, en una hondonada llena de vegetaciones locas, se abría un grande espacio descubier-to y florido, una alegría de la naturaleza, un ramillete en la soledad.

Aquel encantador ambiente, sin que él acertase á definirlo, le aconsejaba que viviese á toda costa y por todos los medios.

En esas alternativas, en esas perplejidades, los minutos transcurrían.

Bruscamente, por encima de las alturas, la pólvora sacudió la atmósfera. Gottlob se sobresaltó; la muerte amenazaba á distancia. Ya no había más que entregarse á la suerte.

Dando un formidable salto de fiera descubierta, se metió en la espesura, perdiéndose en ella.

Empezaba el duelo; duelo bárbaro, espantoso, en que el hombre es á un mismo tiempo presa y cazador; duelo de astucia, de destreza y de prudencia más bien que de valor y de fuerza; procedimiento de salvajes, táctica de fieras, deslizamientos furtivos, detenciones súbitas en que el corazón cree estallar, acecho constante, con tensión de nervios, el ojo dilatado, el oído atento, la mano crispada sobre el gatillo de la escopeta, el pie suspendido para la retirada ó para la carga.

Y eso, en el dédalo de los bosques, bajo un cielo incierto, en que todo se transpone en una serie de espejismos, en una continua ilusión.

En la ocasión presente, no había esperanza razonable; Reinaldo sabía cómo tiraba Gottlob, y Gottlob sabía cómo tiraba Reinaldo. ¡Con la escopeta, uno y otro cortaban una cuerda como el dedo meñique á cien metros de distancia, é iban á encontrarse á veinte pasos!

Su campo de acción formaba un círculo de un cuarto de legua de diámetro, tirando una línea de la Fuente del Cura hasta el Rincón Perdido; era vasto y era estrecho; podía uno perderse en él, pero los adversarios, necesariamente, debían encontrarse; todo estaba lleno de accidentes de terreno y de pérfidos escondites.

Si el honor ordenaba no permanecer al acecho, ni salirse á los árboles, ¿dónde estaban los jueces de campo, los árbitros designados para condenar los quebrantamientos de esa ley moral? Había que preverlo y temerlo todo, hasta la traición.

Anduvieron errantes, trágicamente, silenciosos, estremeciéndose al ruido de una piedra que rodaba bajo sus pies, al roce de un murciélago que se metía en su nido; jadeantes en las subidas, replegándose, reteniéndose en las bajadas.

Pasó una hora; era ya claramente de día. El rocío caía de los árboles en grandes gotas; á medida que la atmósfera se enfriaba, su valor desfallecía en su carne aterida; con la fatiga, la presencia de espíritu necesaria les abandonaba.

Cometieron faltas, se pusieron más de una vez á descubierta, y temblaban luego á la idea del peligro corrido.

Un momento, Reinaldo se metió de pronto en el lecho desecado de un torrente, cuyo suelo era desigual, lleno de rocas. Tuvo que saltar de piedra en piedra; la culata de su escopeta dió contra el granito, produciendo un ruido metálico muy claro que resonó hasta muy lejos. Detúvose él repentinamente, esperando en contestación una descarga de plomo. Pero no llegó nada.

Gottlob, en una espesura, fué medio derribado por la súbita huída de un jabalí sorprendido; lo cual produjo gran ruido de malezas y hojarasca rotas. A su vez, se creyó perdido; pero el enemigo no estaba allí.

La incertidumbre, la espera, el cansancio, se hicieron intolerables. Dando vueltas, Gottlob y Reinaldo habían vuelto varias veces á su doble punto de partida, á la Fuente y al Rincón Perdido; cada vez, inclinados sobre huellas nuevas marcadas en la tierra húmeda, ambos habían murmurado:

—Ha venido.

Reconocían recíprocamente su lealtad, pero pensaban en acabar á toda costa. Reinaldo, que había propuesto las condiciones del encuentro, se reprochaba el haber dejado el campo demasiado vasto, y, sin

embargo, de toda otra manera, hubiera sido un mutuo asesinato.

Habiéndose detenido por última vez en el abrevadero de los ciervos, se agachó para beber. Un crujido en la espesura inmediata le hizo dar un salto y volverse; en aquel sitio, un pino gigante atravesaba las bóvedas del bosque; detrás de aquel pino, le pareció distinguir una forma humana, un tirador de rodillas. Gottlob, seguramente, que le apuntaba.

Se tendió en el suelo é hizo fuego en aquella dirección. No se movió nada. Corrió hacia el pino; en su base, una raíz enorme ondulaba y podía figurar de lejos la apariencia de un hombre. Tratóse de bruto y volvió á cargar su arma, diciendo:

—¡Ahora sabe dónde estoy; que venga!

En efecto, Gottlob, advertido por la detonación, podía sitiar á su adversario; pero se encontraba lejos de él, al otro lado del arroyo. Antes de poderse acercar á buena distancia, éste tendría tres veces el tiempo de cambiar su cartucho y le esperaría al abrigo, para su comodidad.

Aquella demostración no tenía sin duda más objeto que atraer al enemigo. Era una asechanza. Él la evitó. Uno y otro, con los mismos estremecimientos nerviosos, reanudaron su busca.

Al fin, exasperados, se abandonaban ciegamente á la fatalidad y marchaban al azar sin precauciones.

Cuando empezaban á creer que el sol iba á salir á tiempo para alumbrar su doble chasco, al volver de una espesura, surgiendo á la vez de las altas hierbas, se hallaron en presencia uno de otro: unos veinte pasos les separaban. Apuntaron simultáneamente y se fusilaron sin proferir una palabra, con igual sangre fría, y cayeron cada uno en su sitio, después de haber oscilado de la misma manera. Ambos tenían el pecho ensangrentado y permanecían inmóviles.

La luna había desaparecido; la aurora incendiaba los bosques; en el claro, un petirrojo cantó y de todas las ramas, de todas las espesuras, un inmenso murmullo de pájaros, de insectos despertados, aclamó al sol que disipaba las brumas.

Obedeciendo á un mismo presentimiento, los dos adversarios habían tenido la misma idea de dejar en su casa un billete lacónico, y, si las palabras variaban, el sentido era igual.

Cada billete anunciaba el encuentro matinal, indicando los puntos de cita. Si, á las diez, no se tenía de ellos ninguna noticia, sería mala señal; entonces se podría ir en su busca.

Rolando encontró el uno y Herberto el otro.

Entonces, entre los hombres, así en la casa francesa como en la alemana, hubo un rápido conciliábulo. Los padres, puestos al corriente los últimos, sufrieron un golpe terrible y pensaron en seguida lo peor; eran más de las diez.

Reunieron en el acto algunos leñadores, y, rodeados de sus hijos que aún querían esperar, corrieron hacia el bosque. Todo esto se había operado á escondidas de las mujeres. No faltaría tiempo para advertirlas. Las pesquisas empezaron.

Obedeciendo á la sugestión de las palabras, los Bricogne se dirigieron en seguida hacia la Fuente del Cura, mientras los Griffeld tendían hacia el Rincón Perdido.

Sobre el terreno, encontraron las trazas los indicios dejados por aquel drama solitario. Las pistas estaban mezcladas, entrecruzadas en una circunferencia. Los puntos de parada se revelaban por huellas dobles y más marcadas; toda la historia de aquella mañana trágica estaba escrita en el humus pisoteado. Pero la busca fué larga antes del descubrimiento.

De pronto, en un claro, Rogerio levantó la mano hacia el cielo, con un gesto patético. Todos miraron. Un buitres, después de parar el vuelo, plegó las alas, dejándose caer.

Con el corazón dolorosamente oprimido, los franceses corrieron hacia el punto en que debía precipitarse el ave fúnebre; al ruido que hicieron al acercarse, la vieron por segunda vez por encima de los matorrales, abandonando de mala gana el sitio con pesado vuelo.

Los hombres corrieron hacia el punto designado, donde vieron dos cuerpos humanos tendidos en el suelo y se llenaron los ojos con el horror del espectáculo.

Ante su hijo rígido Jerónimo cayó de hinojos, levantó aquella cabeza con faz de cera, llamándole á gritos desesperados:

—¡Reinaldo! ¡Reinaldo! ¡Reinaldo!

Mientras tanto, Rolando rasgó la camisa, descubrió el pecho y sacudió la cabeza; el torso estaba atravesado por el plomo..., y, á pesar de todo, creyó notar una ligera respiración.

—¡Padre, padre, aún vive!, dijo. Transportémosle á casa!

En aquel momento, los Griffeld se precipitaban á su vez hacia el lugar del combate. Y Hermann, gimiendo, cayó sobre Gottlob con los mismos acentos que el otro padre.

Detrás de los amos, únicamente atentos á los muertos ó heridos, los servidores se miraban entre sí; pero no hubo, de parte de nadie, ni mala sonrisa ni provocación. Aquellos dos cuerpos de veinte años, segados en la hierba roja, inclinaban al silencio y á la dignidad las almas más rebeldes.

Para construir angarillas, aquellos enemigos se ayudaron mutuamente. Un instante, los ojos de Hermann se encontraron con los ojos de Jerónimo. El primero murmuró:

—¿Está muerto?

Jerónimo contestó:

—Se muere. ¿Y el nuestro?

—¡En la agonía! ¡Somos unos desgraciados!

Esto dicho, los dos convoyes se separaron. Pero, entre Rolando y Rogerio, por un lado, y entre Herberto, Otón y Guillermo, por otro, no se había pronunciado una sola palabra. Éstos no deponían aún sus odios. Lo más que podían hacer era bajar los párpados, por los cuales asomaban lágrimas furtivas.

Al regreso, en las habitaciones, se desarrolló la tragedia de las mujeres, los gritos de las madres y de las hermanas deshechas en llanto. Lucrecia herida quiso levantarse de su cama; un nuevo acceso de locura trastornaba la casa alemana y la casa francesa.

Aquellos dos muchachos, se les había cuidado, velado, mecido casi, durante meses..., ¿y para qué?, ¿para qué, gran Dios? Para que, apenas restablecidos, volviesen á arrojar-se el uno contra el otro, reanudasen la lucha sin tregua; para que volviesen á agonizar en su cama todavía caliente y morir esta vez, después de haberles salvado.

Sin embargo, Reinaldo y Gottlob, sobrevivieron algunos días; sus almas vacilaron en el umbral del infinito. Para mayor desesperación de sus familias, los moribundos tuvieron instantes de lucidez postrera, dando la ilusión de renacimientos posibles.

En una hora sin delirio, una hora de conciencia, Gottlob hizo seña á su padre de que se inclinase hacia él. Entonces, con voz apagada, ronca, entrecortada, confesó el secreto que, quizá, en el último momento, pesaba sobre su corazón:

—Padre..., escuchad..., más cerca..., habéis de saber..., fui yo con Otón..., con Guillermo..., fuimos nosotros..., nosotros incendiarnos la casa de los novios..., sí, fuimos nosotros..., nosotros solos..., para obligaros á la guerra... ¡Luego, mentimos..., diciendo que eran los Bricogne!... ¡No, no..., fuimos nosotros..., nadie más que nosotros!

¿A qué sugestión obedecía acusándose así? ¿Pesar? ¿Remordimientos? ¿Temor de un supremo juez?

Hermann, en tales extremidades, recibió aquella confesión sin gran espanto. Miraba morir á su hijo y esto bastaba. Pero, más tarde, se acordaría.

Después de su confesión, el moribundo no pronunció ya una palabra. Sin embargo, el pensamiento subsistía en su carne desfallecida. Sus ojos erraban sin cesar sobre los personajes y hasta sobre los objetos que le rodeaban; sin duda se despedía de ellos.

Aquella existencia de brutalidad feroz pareció acabar en una gran dulzura, en un apaciguamiento resignado. Una noche, hacia las doce, murió de ago-

tamiento en medio de los suyos inclinados sobre él, gritando: «¡Adiós!»

Al contrario, hasta el último suspiro, Reinaldo conservó su furor; cada vez que recobraba su lucidez preguntaba:

—¿Ha muerto?

Indudablemente se refería á Gottlob.

—¿Ha muerto?

Mientras le contestaron negativamente, él luchó.

Sólo de verla ante él, su cólera adormecida por el tiempo despertaba exasperándose. En sus sufrimientos, privada de su hijo, se mantenía rebelde; él hubiera dado diez años de su vida para estrecharla en sus brazos, como antes, en noches más felices.

Y repetía:

—¡No volverías!

Ella procuraba conservar su calma, sin conseguirlo en el fondo y contestaba.

—Sabes muy bien que sí..., puesto que retienes á Eitel... Volveré.

El meneó la cabeza.

—No, no te creó. Una vez allí, te volverías francesa del todo... Te olvidarías de tu hijo alemán.

—¡Oh!, ¿olvidar á Eitel?

—¿Es el único que te importa, verdad?, replicó amargamente el miserable marido... Pero yo temería... Prefiero no exponerme.

Ella le miró de frente:

—¿Y á ti tanto te importa, tenerme á tu lado, á pesar de todo?

A esta pregunta directa, él se turbó; sus pupilas vacilaron; una oleada de sangre le coloreó el rostro y gritó:

—¡No juegues, no juegues con eso, desdichada!

Ella le interrumpió:

—Entonces, ¿hasta cuándo?

Él se encogió de hombros, y dijo acentuando bien las palabras:

—Mis órdenes son estas: no saldrás de aquí; no irás á velar al asesino de mi hermano; tienes que resignarte á la suerte que se te está reservada... Hay abismos entre nuestras dos casas.

—¡Está bien!, dijo ella, cabizbaja.

Él comprendió su pensamiento y repuso vivamente:

—No trates de huir; se te vigilará; y, además, para desdicha de todos, iría yo mismo á reclamarte.

Y después de una mirada en que, si había odio, había también pasión, le volvió la espalda.

Efectivamente, Clorinda no tardó en notar que la vigilaban. La evasión se hacía imposible, y aunque pudiese efectuarla, ¿cuál sería su resultado?, ¿cuáles sus consecuencias?

Ella vacilaba y retroce-

dió ante aquellas perspectivas; quizá también su energía cedía al fin bajo la impresión habitual, lentamente gastada por las noches de insomnio y los días sin esperanza.

No marchó pues en su puesto de hermana mayor, con su madre y su abuela, en el fúnebre cortejo, detrás del féretro de Reinaldo conducido al Campo Santo.

Éste se encontraba en lo alto de la colina, dominando la bahía por un lado y por otro la pradera, y teniendo por marco lejano el verde bosque.

Allí, bajo baldosas, dormían desde hacía un siglo todos los Bricogne sucesivos con sus servidores; sus nombres, grabados en el granito, con una fecha, era lo único que recordaba sus personalidades.

Sin embargo, sobre una piedra más alta, se leían, además del nombre, varios títulos:

«Juan Bricogne, coronel de la guardia imperial, oficial de la Legión de honor, herido en Jena, herido en Wagram, herido en Bautzen, herido en Montmirail, herido en Waterloo, por la Francia y el emperador. Soissons-Acadia. 1780-1825.»

Porque, entre aquellos leñadores difuntos, el soldado muerto salía de las filas en su gloria altiva, siendo el jefe de los vivos y de los muertos.

Aquel cementerio íntimo y familiar inspiraba más



Ella se alzó de puntillas, poniéndole las manos sobre los hombros...

—¡Esperaré!, decía.

Una mañana, á la misma pregunta, Jerónimo replicó con el silencio. En seguida la vista del moribundo despidió un brillo postrero, y él exclamó con voz casi alegre:

—¡Ha muerto!

—¡Sí!, confesó al fin su padre.

Hubiérase dicho que no esperaba más que esta palabra para expirar á su vez.

Y murió con una sonrisa en los labios.

Durante aquellos días de agonía, una mujer, extraña en su casa, segregada de la vida, conoció las peores angustias de la incertidumbre: Clorinda.

Se le había ocultado el drama en que Lucrecia había estado á punto de perecer; pero cuando trajeron á Gottlob mortalmente herido, en la confusión que siguió, supo en seguida que su hermano Reinaldo, igualmente herido, debía agonizar también.

En el acto manifestó el deseo de correr á su cabecera; hizo llamar á Herberto, á quien no había visto desde hacía varias semanas y le dijo simplemente:

—¡Mi puesto está allí! ¡Voy pues!

Él replicó terminantemente:

—No, no irás; tu puesto está aquí; Gottlob es también tu hermano. Además, si te dejase ir, no volverías.

Léon Faure

bien ideas de reposo después de la jornada hecha que pensamientos de podredumbre y desolación.

Desde aquellas tumbas, se oían los ruidos de la vida persistente, las campanas de la casa, los hachazos del trabajo y los largos mugidos del ganado pastando.

Los muertos eran advertidos de las acciones de los hombres; no se hallaban mezclados, perdidos y confundidos, como en nuestras necrópolis, en un desierto obscuro, entre los extraños. No, los padres yacían en medio de los hermanos; los esposos, unos al lado de los otros, como en el lecho nupcial; cerca de ellos, tumbas más pequeñas figuraban cunas de niños.

Arboles llenos de pájaros inclinaban ramajes y canciones sobre cada una de aquellas últimas moradas, y flores sobre flores corrían alrededor de las piedras.

En el centro, datando desde los primeros días, se alzaba la cruz vetusta sobre un pedestal de musgo; cuando el sol declinaba, ella extendía su gran sombra, sus dos brazos de misericordia sobre toda la anchura del campo melancólico en su serenidad.

El mar vecino también arrullaba aquellos tranquilos sueños; desde la infancia, todos los que llevaban el nombre de Bricogne habían ido á leer, en aquel árbol genealógico tendido en el suelo, la historia de su raza; todos conocían á aquellos huéspedes de la muerte que les habían precedido en la vida; todos igualmente se habían acostumbrado á la idea de que irían un día, cuando Dios quisiera, á ocupar su puesto marcado en la descendencia suprema, y cada uno, según su edad, podía situar á poca diferencia el sitio que ocuparía.

Era religioso, dulcemente triste, como la fatalidad. Por la noche, cuando la luna derramaba su pálida luz sobre las piedras, entre los cipreses oscuros, el aspecto de aquel cercado se impregnaba de misterio y de soñación, y las brumas bajas parecían los alientos unidos de las criaturas pasadas.

Pero ningún miedo á los espectros ó fantasmas apartó jamás á los niños ó á las mujeres de aquel lugar familiar. ¿Qué habían de temer? ¿Quién había de asustarles?

Aquellos antiguos testigos de las cosas abolidas seguían siendo los amigos de su posteridad; y si debían guardar alguna influencia sobre ella, era á modo de los dioses protectores inspirándole un poco de aquella sabiduría que no es de este mundo...

Allí limitó Reinaldo su destino en una fosa abierta, á continuación de las otras, su ataúd bajó en silencio, seguido por las miradas de ojos desolados.

Luego se llenó otra vez el hoyo con la tierra que exhalaba un desabrido olor de humedades antiguas; y, terminadas las preces, hubo que alejarse, volver al presente, dejando que el tiempo continuase su obra...

Casi en el mismo día, á tres millas de allí, pero en un rincón solitario del erial, Gottlob se iba también á la nada, con igual escolta de sollozantes dolores.

Pero, del espantoso drama, del trágico duelo, resultaba una lección provechosa. Una inmensa necesidad de paz, de calma, invadía ya los espíritus menos rebeldes. El horror del resultado en aquella guerra impía ordenaba el pesar, el remordimiento y el perdón.

Pudo creerse cerrada para siempre la era de las violencias; y, sin embargo, la sangre aún había de correr en medio de mayor espanto. Pero nada hizo presagiar la vuelta de las tempestades en los días que siguieron, al menos en los días inmediatos; por el contrario, tuvieron sus dulzuras tristes.

Cierta mañana, Carlota y Rogerio se encontraron en la playa. Antes, á pesar de las frecuentes querellas de la infancia, se amaban en secreto; pero la joven, por convenios de familia y por la ley del pareo de edades, estaba destinada á Reinaldo, á quien ella no amaba y que tampoco la quería mucho.

Ninguno de los dos había confesado nada de sus secretas inclinaciones, y, para disimular quizá una ternura demasiado expuesta á dejarse adivinar, afectaban discordias por cualquier motivo. Bastaba que Rogerio manifestase una opinión, para que Carlota fuese inmediatamente de opinión contraria, y recíprocamente.

Aquella mañana, al verse, se dirigieron, con un movimiento espontáneo, uno hacia otro; se alargaron las manos en silencio y se contemplaron.

Ambos tenían lágrimas en los ojos. Él tenía diez y ocho años, ella diez y siete, y cada uno su belleza.

—¡Carlota!, dijo Rogerio después de un largo silencio... ¿por qué razón?... ¡Qué tiempos tan horribles! Y, sin embargo, entre nosotros, muchos se amaban..., ¡y los hay que se aman todavía!

Ella bajó la cabeza y replicó sordamente:
—Ya no se puede hablar de eso entre nosotros... Es la fatalidad... Los hombres están locos.

Él notó que la muchacha había enflaquecido, que estaba más pálida que antes y que era más mujer, lo cual le impresionó profundamente. Suspiró y dijo:

—¡Es verdad! Quizá es una de las últimas veces, quizá la última que puedo hablarte, sin testigos, sin mentiras. Escucha, Carlota... Nunca te olvidaré. Tengo tu imagen grabada en la carne de mi corazón... El tiempo no le hará nada.

Ella no quedó sorprendida, pues sabía ó juzgaba por sus propios sentimientos. Una sonrisa fatigada erró sobre sus labios jóvenes, y pronunció, con la caricia de su voz entonada que los recuerdos llenaban de ternura:

—Siempre reñíamos, tres veces al día. No tenías muchas trazas de querirme.

—Lo ocultaba, lo ocultaba á todo el mundo; hasta me lo ocultaba á mí mismo... Yo no quería, puesto que eras la prometida de Reinaldo... ¡Pobre Reinaldo!

Ella repitió:
—¡Pobre Reinaldo!

—Ahora, repuso él, puedo hablar...

—¡Es tarde!

—Quizá por eso...

Ella se alzó de puntillas, poniéndole las manos sobre los hombros y pronunció el fallo de sus destinos:

—Está visto que el cielo no quiere que nos amemos.

Como contestación, él le rodeó la cintura con los brazos y murmuró:

—¿Por qué?

Ella se desprendió, nerviosa y tímida, bruscamente llamada á la realidad de las situaciones.

—¡Los muertos!, dijo con voz sorda; ¡los muertos, los muertos!

Rogerio dejó caer sus manos vacías:

—¿Los muertos?... ó no son ya nada..., ó lo saben todo, comprenden y perdonan...

Ella sacudió desesperadamente la cabeza y gritó estremeciéndose:

—¡Hay también los vivos! Herberto, Otón, Guillermo... Las victorias les vuelven locos... ¡Si supieras comprenderías!

Al joven se le oscurecieron los ojos, cerró los puños y preguntó:

—¿Cómo!, ¿qué más quieren? ¿No les han aplacado tantos sacrificios?... ¡Es verdad que somos enemigos!

Y repitió:

—Somos enemigos... Carlota y Rogerio son enemigos... Pero Herberto y Clorinda, ¡oh, Dios!, contesta: ¿mi hermana?... En casa lloramos por ella.

Carlota bajó la cabeza, y confesó suspirando:

—¡Clorinda es la más desgraciada de las mujeres!.. Herberto es un loco furioso.

—Entonces claramente lo veo, repuso Rogerio: la guerra no ha terminado. Lo poco que dices, da mucho que pensar. Necesitaríamos ir á buscar á Clorinda.

—La mujer pertenece á su marido.

—¿Hasta cuando la atormenta?, ¿hasta cuando la mata lentamente?

—¡Hasta cuando así sucede!

La muchacha se animó, olvidando la prudencia:

—Mi madre y yo hacemos todo lo posible para aligerar su pena... Pero Herberto le ha quitado á Eitel... No le ve más que á escondidas y raramente... Papá está indeciso, no dice nada, deja hacer... Pero Otón y Guillermo son dos perros rabiosos... Gottlob..., que en paz descanse, ¡fue culpable también!

—¿Y Cristina?, preguntó Rogerio que deseaba saberlo todo.

—Si nada he dicho acerca de ella, es porque no lo merece. ¿Cristina?, es variable..., tan pronto buena, como mala. No se puede contar con ella. Sin embargo, desde que Gottlob confesó el incendio, está pensativa...

—¿Gottlob confesó el incendio?... ¿Qué quiere decir?..

—Quiere decir que Gottlob, Otón y Guillermo, después de haber incendiado la casa de los novios, declararon que erais vosotros los autores del desastre..., para precipitar la guerra.

—¿Y los creisteis?

—Sí.

Este monosílabo fué dejado escapar á disgusto, seguido de un suspiro.

—¿Tú también?

—Sí.

Otro suspiro.

—¡Oh, Carlota!..

—¿Qué quieres? Hay momentos en que la razón se confunde... ¡Perdona, Rogerio!

Las manos de aquellos dos enemigos se juntaron otra vez, estrechándose largamente.

Estaban solos en la duna; el mar verde y azul murmuraba al producir plateados serpenteos sobre la

arena; bajo un sol espléndido, en el fondo de un cielo azul, el viento enmarañaba las hebras de las algas salobres; la bahía luminosa se perdía en lontananza bajo una neblina lechosa; una inmensa tibieza envolvía la tierra, y la gloria de la primavera resplandecía inmanente, soberana y profusa.

Sus pechos se dilataron.

Ella bajó la cabeza y murmuró:
—¡Sería tan grato vivir y amar!

Entonces, con grave solemnidad, él la atrajo á sí y la besó en la frente.

—¡Alemania y Francia!, murmuró.

—¡Ojalá!, contestó ella.

Hacia cerca de una hora que se encontraban reunidos; la campana de la habitación francesa llamando á los servidores para la comida les hizo estremecer marcándoles el tiempo.

Tuvieron que separarse, con el terrible temor de no volverse á ver, pero con el consuelo de saber que sus dos corazones latían al unísono, á pesar de todo.

Algunos días después, como si alguna divinidad caritativa se complaciese en juntar á los amantes separados, Rolando se encontró en presencia de Cristina, y esta vez pudo aquel creer en el poder mágico de las evocaciones.

Al atardecer, había ido á pasearse en torno de los restos calcinados de su casa de un día. Fiel á aquella peregrinación, la repetía á menudo. Sentado en una alturita, pensaba dolorosamente en el pasado. De pronto, su voz tradujo su pensamiento constante; irguióse, gritando con los brazos tendidos:

—¡Tina! ¡Oh, Tina!

Y retrocedió sorprendido, casi asustado, de verla en su presencia.

¿Quién la arrastraba á aquel sitio? ¿Quién la guiaba hacia aquellas ruinas? ¿Qué despertar de sentimiento lejano? ¿Iba quizá con el objeto de consultar su corazón? ¿Quizá para afirmar su odio? ¿Lo sabía por ventura ella misma? Nadie contestará.

A la vista de su antiguo novio, le dió el corazón un vuelco, sintiendo verse sorprendida, y el orgullo le dictó malas razones. Mostróse altiva, enemiga sincera, en su profundo olvido de sus juramentos.

Él balbuceó, no sabiendo aún si debía esperar ó temer:

—¡Tina! ¡Te llamo y apareces!.. Es un prodigio. ¿Es un milagro?... Yo vengo todos los días á este sitio á pensar en ti. Dime que no compartes la cólera de los tuyos..., que tú no me has olvidado..., que el pasado puede renacer y que no es imposible reedificar una casa.

Ella lo apartó con un gesto duro y rígido.

—Rolando, ¿cómo, después de tantos duelos, te atreves á hablar así? ¿Qué hay ya de común entre nosotros? Si te amé, lo debo olvidar. Varias tumbas nos separan. No soy de las que pasan por encima de los muertos.

Hablaba demasiado bien y su voz, era demasiado clara. Al oírla, el joven abatido sintió un gran frío en el corazón.

—¡Seal, dijo sordamente; sé fiel á los tuyos. Soy un insensato de haber caído un instante... Eres incapaz..., mejor dicho, no has amado nunca.

Entonces ella habló como la Musa de la historia:

—Los acontecimientos no los he hecho yo. Por cima de nosotros hay dos pueblos irreconciliables, nuestras dos patrias. ¡Ay! Sin ser grandes patriotas, se puede vaticinar el porvenir. Francia no aceptará el papel de vencida, y tarde ó temprano volverá á estallar la guerra. Lo de ahora no es más que una tregua; uno de los dos combatientes necesita respirar; pero tan pronto como haya recobrado su vigor, volverá á arrojarse sobre el otro. Y el otro es formidable, y está prevenido, bien preparado; á cada asalto, contestará con golpes más rudos, con heridas más profundas; pero como se trata, en suma, de nobles adversarios, la lucha será larga antes de la última victoria; quizá transcurra un siglo antes de la desaparición final de Francia del mapa de Europa, donde no habrá más que el color alemán... ¡Sí, todo para Alemania! Entonces, los insensatos que quisieran unirse entre nacionales enemigos, ¿qué harían en medio de tales acontecimientos?... Ya te lo puedes imaginar; seguiríais tirando contra mis hermanos, que contestarían de igual modo, en tanto que nuestros hijos se batirían entre sí...

La joven se mostraba bajo su verdadero aspecto, lo que siempre había sido: discutidora y locuaz, pedagoga también al estilo de Otón. Pero antes Rolando la veía con los ojos de su amor, haciéndose ilusiones sobre ella.

Ahora la juzgaba con claridad, desilusionado. Notó que las angustias públicas no parecían haberla lastimado mucho; conservaba sus buenos colores y el cutis sereno de una muchacha tranquila...

(Se continuará.)

PRÍNCIPES ALEMANES

El adjunto grabado representa á los príncipes Federico Guillermo y Luis Fernando, hijos del príncipe heredero de Alemania, Guillermo, y de la princesa Cecilia, en el parque del palacio de Potsdam.

Federico Guillermo nació en el Palacio de Marmor, cerca de Potsdam, en 4 de julio de 1906; su hermano Luis Fernando, en 9 de noviembre de 1907, en el mismo palacio. Son dos niños realmente hermosos, y en sus rostros y en sus figuras aparecen claramente marcados los rasgos de la raza y de la familia á que pertenecen. Sus ojos inteligentes, la viveza de su expresión y su aspecto



Los príncipes Federico Guillermo y Luis Fernando, hijos del príncipe heredero de Alemania (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

sano contribuyen á dar realce á la belleza varonil de sus semblantes.

En punto á su educación, poco ó nada puede decirse hasta el presente; la edad de los príncipes no permite aún someterlos á toda la disciplina pedagógica; pero, teniendo en cuenta lo que es ya tradicional en la familia de los Hohenzollern y que tan admirables resultados ha dado en todos sus individuos, no es aventurado asegurar que esos dos niños de ahora serán con el tiempo dos hombres dignos de ocupar los elevados puestos que la suerte les tiene reservados y aptos para desempeñar las difíciles misiones que á tales puestos van anejas y tan bien han sabido cumplir sus antecesores.

CÓMO HIZO SU FORTUNA UN HIPNOTISTA.

Secretos por medio de los cuales el Dr. X. La Motte Sage, el gran hipnotista de la época, produjo una tremenda sensación.

Cre que el hipnotismo es de beneficio general. Ha dado 50,000 pesetas para la distribución, GRATIS, de un libro con hermosas láminas, que contiene su opinión y guía para adquirir este misterioso poder y usarlo en los negocios, en la sociedad y en casa.

Mientras dure la edición especial de este notable libro, se enviará gratis un ejemplar, á cualquiera que tenga interés en el asunto.

El Dr. X. La Motte Sage hizo una fortuna del hipnotismo. Probablemente sabe más que nadie acerca de él. Su método difiere radicalmente de todos los que se han presentado. Por su nuevo sistema se hipnotiza á cualquiera instantáneamente. Le dice cómo se ejerce esta tremenda y silenciosa influencia, sin hacer ningún gesto ni decir una palabra. Da el único método práctico y real para el desarrollo del poder del Magnetismo personal, que se ha publicado. Durante todo el tiempo que el público conoce al Dr. Sage, éste se ha dedicado al estudio del efecto que el hipnotismo produce sobre la mente humana. Ha llegado á convencerse que esta misteriosa potencia puede ser útil y ventajosa á las mujeres y hombres ambiciosos que deseen mejorar su condición en la vida, y para demostrar la exactitud de sus ideas, al retirarse á la vida privada fundó un Colegio donde se puede enseñar el Hipnotismo personal, el Magnetismo, Curación magnética, etc., siguiendo la rutina indicada por él. El resultado es que el Colegio es el mayor del mundo. Miles de estudiantes en todas las partes del mundo son testigos de su maravillosa potencia y de los beneficios prácticos del método del Dr. Sage. El doctor ha escrito últimamente un libro titulado «Filosofía de la influencia personal,» en el que esclarece en lenguaje liso y llano cómo se adquiere el poder hipnótico y sus varios usos. Entre las cosas interesantes que contiene, está la manera de desarrollar el poder hipnótico é influir á las gentes sin que se aperceban de ello el modo de curar las malas costumbres y las enfermedades crónicas, cuando las medicinas y todo lo demás han fallado; cómo se implanta un mandato en la mente de un individuo, que obedecerá fielmente en todos sus detalles durante un mes ó un año, aun cuando esté ó no esté presente el hipnotista; cómo se hipnotiza de lejos: su valor en los negocios; ensayos científicos y maravillosos para evitar que otros ejerzan influjo sobre usted; trata del poder hipnótico, más fascinador que la hermosura; del uso del hipnotismo en el desarrollo de las facultades mentales; del manejo de los niños; impedir, desviar ó hacer

desaparecer los sinsabores domésticos, etc. El colegio fundado por el Dr. Sage se propone distribuir gratis por valor de 50,000 pesetas del referido tomo, hasta que se haya agotado la edición especial. Cualquiera que esté realmente interesado puede obtener un ejemplar. Este libro está ilustrado con hermosos grabados de medio tono. Le dice cómo se ha usado el maravilloso poder del hipnotismo para envolver á las gentes en secreto y misterioso hechizo, sin que lo sepan y cómo, durante meses y aun años han estado obedeciendo la real voluntad de otro. Le descubre el secreto de lo que el senador Chauncey M. Depew denomina el microbio del dinero. No crea usted que porque no tiene usted una fina educación y trabaja con poco sueldo, que no podrá usted mejorar su condición; ni tampoco crea que porque ahora vive usted con holgura y felicidad, éstas no pueden aumentarse. El libro del Dr. Sage ha sido leído y sus doctrinas se han practicado por los hombres más ricos del mundo. Ellos conocen el valor de la influencia personal, del poder hipnótico. Si le interesa el asunto, hoy mismo pidiéndolo sencillamente por carta franquificada con 25 céntimos ó por tarjeta postal de 10 céntimos al «New York Institute of Science» Dept. 128. A II, Rochester, NEW-YORK, (E. U. de A.), y se le enviará gratis á vuelta de correo el libro del Dr. Sage en español, inglés, francés, alemán, holandés ó italiano. Esta es una oportunidad que rara vez se presenta de aprender los usos y posibilidades de la potencia más asombrosa, maravillosa y misteriosa que el hombre ha llegado á conocer. El volumen ha sido recibido con mucho entusiasmo por los hombres prominentes de negocios, ministros del Evangelio, abogados y facultativos. Debe ocupar un puesto especial en todos los hogares, deo ser leído por todas las mujeres y hombres del país que deseen mejorar su condición en esta vida, lograr mejor éxito pecuniario, ganarse amigos, gratificar sus ambiciones y hacer que la vida rinda el placer y felicidad que el Creador intentó habernos de gozar. Escriba en el idioma que quiera.

NUEVA REIMPRESIÓN PENSAMIENTOS Y RECUERDOS DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

NUEVA REIMPRESIÓN

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

LA SAGRADA BIBLIA

Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. - Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. Ramón Boldú, con licencia de la autoridad eclesiástica. - Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. - BARCELONA

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas
PÍLDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
EXJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE
JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



Diploma de honor y cooperación otorgado á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por el Comité ejecutivo de la Exposición Regional Valenciana

Al reproducir el diploma con que nos ha honrado el Comité ejecutivo de la Exposición Regional Valenciana, no podemos menos de expresar el profundo reconocimiento con que hemos recibido tan alta distinción.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, prestando, en la medida de sus fuerzas, su concurso al es-

plendoroso certamen celebrado en Valencia, ha cumplido uno de los más gratos deberes que á una revista como la nuestra se imponen: el de propagar dentro y más aún fuera de España las manifestaciones que, como la realizada por el pueblo valenciano, enaltecen á los ojos de todo el mundo el nombre y la consideración de nuestra patria.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE VENEZUELA, por Francisco González Guzmán. - Se han publicado los tomos cuarto y quinto de esta importantísima obra, de la que en otras ocasiones nos hemos ocupado con el elogio que se merece. Comprenden el período de los gobiernos constitucionales desde 1845 hasta 1855, que el autor describe minuciosamente, con espíritu imparcial y copiosamente documentado. Un volumen

con gran número de grabados, de 598 páginas, impreso en Caracas por la empresa «El Cojo.»

ROBERTO A. BELL, por Alejandro de Riquer. - Con decir que se trata del estudio de un eminente artista hecho por otro artista no menos eminente, queda dicho el mejor elogio de esta monografía. Alejandro de Riquer, admirador entusiasta de Anning Bell, nos ofrece un trabajo perfectamente meditado, una labor de alta crítica que es, al mismo tiempo, un justo homenaje al gran dibujante y pintor inglés. Ilustran el folle-

to, que tiene 30 páginas de gran tamaño y ha sido admirablemente impreso en Vilanova y Geltrú (Barcelona) por Oliva, multitud de grabados, reproducciones de las principales obras de Anning Bell.

TERCERA SERIE DE CANÇONS POPULARS CATALANES. - Un tomo de 120 páginas que contiene 40 canciones bellísimas acompañadas de su correspondiente música. Forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç», que con tanto éxito se publica en Barcelona, y se vende á 50 céntimos.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

VINO Y JARABE DE DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

LA VIDA SOCIAL
Reglas de etiqueta y cortesía en todos los actos de la vida por la Marquesa de l'Isle
Un elegante tomo de 350 páginas lujosamente encuadernado. - Edición publicada por la casa de D. Marcelino Bordoy de Barcelona. Precio: 8 pesetas

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleógrafías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer
Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILAVORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN